COLECCION ELZEVIR

Cantos de Amor

POESIAS SELECTAS

DE LOS MEJORES

AUTORES ARGENTINOS

BARCELONA

IMPRENTA Y ENCUADERNACIÓN DEL PORVENIR

1897

COLECCIÓN ELZEVIR

Cantos de Amor

POESIAS SELECTAS

de los mejores autores argentinos

BARCELONA

IMPRENTA DEL PORVENIR

1897

SIEMPREVIVA

Cuando partí, su corazón ya mío
lanzó su vida de mi planta en pos;
aquel nido de amor quedó sombrío
como tumba sin lágrimas... vacío
como el alma sin Dios!

¿Por qué mi paso errante en su camino
no se desvió del rancho de su hogar,
cuando triste, y doliente, y peregrino,
el martirio de amor de mi destino
arrastraba al azar?

¡Fuí tan crüel! Mis ojos con empeño
la envolvian en rayos de pasión,
para arrancar á la quietud del sueño
su ternura de tórtola sin dueño
dormida en su prisión.

Tenía la inocencia, esa fortuna
reservada á los pobres del saber;
y á quince años, hermana de la luna,
guardaba aún el sello de la cuna
su alma de mujer.

Me amó por fin: con lánguida mirada
buscó la mía su pupila azul;
como el sol que corona una alborada,
el amor en su frente inmaculada
tendió su rojo tul.

Por las tardes vagábamos unidos,
rozando mi tostado á su alazán:
ella, trémula siempre ante los nidos,
con tumultuoso oleaje de latidos
revelaba su afán.

Muchas veces á mí se adelantaba
lanzando á la carrera su corcel,
y una rama á los molles arrancaba:
— ¿La quieres para tí? — me preguntaba —
¡Se parece al laurel!

O sino, con las flores de los tolas,
miniaturas de nácar del jazmín,
que en racimos abrían sus corolas,
tachonaba sus trenzas, dueñas solas,
del agreste jardín.

Y radiante de júbilo venía
su victoria en mis ojos á buscar:
—¿No es verdad que estoy bella,—me decía—
que soy tu sueño, que tu lira es mía,
que me vas á cantar?

Otras veces las cuestas empinadas
ascendía, siguiendo el caracol
de la senda tortuosa en las quebradas,

cubierta con las alas desplegadas
de su gorra de sol.
El vaivén de su cuerpo en la montura
revelaba abandono y languidez:
se doblaba su mórbida cintura
como rama de sauce que asegura
dos nidos á la vez.
Yo entonces la seguía; y orgullosa
de guïarme en la marcha:—¡Por aquí!—
repetía mil veces afanosa;
y murmuraba á intérvalos quejosa:
—¡No tan lejos de mí!
Pensativa otras veces, como inquieta
del abismo sin luz del porvenir,
parecía á mis sueños de poeta
estrella de crepúsculo, sujeta
á temblar... y á morír!
Entonces de las manos me tomaba,
me atraía hacía ella, y sin querer
su secreto en mi oído abandonaba:
—Esa pampa tan verde,—murmuraba—
¡qué hermosa debe ser!
¡Y qué bella! ¡Y que tierna! No colora
al cielo el sol como el amor su faz;
su sonrisa era el beso de una aurora;
su palabra, caricia tembladora,
arrullo de torcaz.
Todo pasó. La arena del camino

marcó otra vez la huella de mi pie,
y triste y solitario y peregrino,
con la sombra inmortal de mi destino
del valle me alejé.
!Fuí crüel, muy crüel! Alma perdida
en la noche sin astros del dolor,
al amor sollozante de mi vida
la inmolé sobre el ara conmovida
por mi eterno clamor!
¡Ah! pero en vano amuralló la ausencia
de mi memoria el enlutado altar:
¡martir de mi delirio y tu inocencia,
Dios te ató en aquel día á mi conciencia!
¡no te puedo olvidar!
Tu adiós, tu último adiós, vibra en mi oído
como el eco tenaz de mi expiación;
rayo de luna á mi pupila asido,
tu blanca imagen arrullando el nido,
es mi eterna visión.

MARTÍN CORONADO

ABRÁZAME

Á ELOISA

Llama voraz cundió dentro mis venas
y calcinó la savia juvenil,
aquella savia ardiente y bulliciosa,
germen feraz de inspiración febril.
Hoy, sólo queda el tronco silencioso,
el viejo tronco, triste y sin verdor,
en que anida el reptil de los recuerdos,
que muerde sin cesar mi corazón.
¡Ay! todo reverdeze en torno mio,
la rama seca, el campo, hasta el peñón
que envuelve el musgo en manto de esmeralda,
como al alma abatida la ilusión.
Acércate, bien mío, y no te asuste
la eterna desnudez de mi dolor,
sé tú la enredadera que me escude
de la saña del ábrego feroz.
Yo he visto en la arboleda solitaria,
á cuyo pie el arroyo gemidor
se retorcía inquieto, como un niño

que el brazo de la madre aprisionó;
yo he visto una palmera desgajada,
sin follaje, sin dátiles, sin flor,
de quien cuentan las brisas del desierto
una historia tristísima de amor.
La he visto una mañana desplegando
á los vientos su verde pabellón,
su pabellón, tejido con las hojas
que amante enredadera le prestó.
Sé tù la enredadera de mi vida,
dáme la fresca sombra de tu amor,
y como la palmera del arroyo,
se animará mi yerto corazón!

OLEGARIO V. ANDRADE

— ———

LUISA

Luisa, la vida se va: muy lejos
nos encontramos de nuestro edén;
mas tú aún conservas suaves reflejos
de la hermosura que en tí adoré.

Yo—¿no te asombra que cambio?—mira,
blanco el cabello, mustia la faz;
flamea apenas la antigua pira
que ardió en las aras de tu beldad.

¿Te acuerdas? ¡Blanda, tierna memoria!
Mucho te quise, mucho; veraz
en tí cifraba mi fe, mi gloria;
de frescas flores orné tu altar.

Después... absuelto por tu sonrisa
callo; soy reo de amor, lo sé.
Pero en el fondo del alma, Luisa,
créeme, lo juro, te he sido fiel.

Hoy mismo absorto cuando te veo
mi pecho amante palpita aún;
tras tus encantos vuela el deseo,
lloro perdida la juventud!

¡Ay! Ya sus día de oro pasaron,
raudos pasaron, no volverán!...
Sobre mi vida se desgranaron
como la perla de tu collar.
En el descenso de la colina,
cuando en la tarde se oculta el sol,
en esa hora dulce y divina,
¡cómo recuerda mi corazón!
Con tu mantilla negra en el templo
puesta de hinojos, pura, ideal,
tus nobles gracias mudo contemplo:
todo embargado te sigo audaz.
Oigo los ecos de tus romanzas,
siento en mi seno vibrar tu voz,
con que halagabas mis esperanzas
cantando al piano trovas de amor.
Aun creo verte pálida, esbelta,
en las plateadas noches de Abril,
la cabellera de ébano suelta,
venir furtiva por tu jardín.
Veo las ondas de tu ropaje
flotante y leve, de blanco tul,
cuando cruzabas entre el ramaje,
como una sombra, como un querub!
Yo te esperaba; y á tu presencia
trémulo, ansioso, caía á tus piés;
sólo escudada por tu inocencia,
ante ella humilde me prosterné.
Luego... tú sabes... fué aquello un sueño...

vino la ausencia, vino el afán;
soltando el lino, mi frágil leño
lancé á las olas bravas del mar!
Muchas han sido mis aventuras:
náufrago, errante, triste ó feliz,
en mis desdichas, en mis venturas,
visión celeste cruzar te vi.
Tú coronaste mi primavera,
la musa fuiste de mi laud,
de mi desierto verde palmera,
de mi tiniebla cándida luz.
Bálsamo han sido de mis heridas
las dulces lágrimas de mi amistad;
mis ilusiones descoloridas
por un instante refrescarán.
Hoy que de paso te encuentro, bella
como un ensueño, perdonamé
si te importuno con mi querella;
¡piensa que es esta la última vez!
Sigo mi viaje penoso y largo;
bien pronto acaso llegaré al fin;
que no se mezcle nada de amargo
en los recuerdos que hagas de mí.
Como en el fondo del mar en calma
brilla la estrella que ama el pastor,
tu casta imagen llevo en el alma;
¡oh! no me olvides ¡adiós! ¡adiós!

CARLOS GUIDO SPANO.

AMOR

Amor, amor la delicada brisa;
amor las flores que brotó el pensil;
amor, amor la nacarada aurora,
amor nos canta el ruiseñor gentil.
Gloria, honores, riqueza, poderío,
son chispas de bellísimo fulgor;
pero hay luto con ellas en el alma,
dolor glacial, cuando nos falta amor.
Amor es el destino de la vida,
vida de la infinita creación,
y creación sublime del Eterno
en un rapto de santa inspiración.
Venga el dolor, si en el dolor se anida
una chispa siquiera de pasión;
no hay, no, presente ni futuro al alma
si es un páramo yerto el corazón.
No más que la mujer á quien amamos,
no más que sus caricias y su amor,
recuerdo con placer el pensamiento
en medio á los instantes del dolor.

Amor, para ser grande es necesario;
para ser bueno y generoso, amor;
y de la gloria la corona es bella
con el aplauso de amorosa voz.
Amor, amor la delicada brisa;
amor las flores que brotó el pensil;
amor, amor la nacarada aurora,
amor nos canta el ruiseñor gentil.

José Mármol

IRIS

Guardo en el fondo de mi alma un vaso
desbordante de aromas y armonías,
que al reflejar tu límpida mirada
un haz derrama de esplendentes luces.
¡Profundo y dulce arcano
que no del hombre la mentida ciencia
comprenderá jamás! Hasta él no alcanzan
ni el poder impalpable de la idea,
ni la indomable voluntad, ni el ruido
de la afanada multitud, que el mundo
vuelve y revuelve sin hallar reposo.
Mas ¡Oh! ¡cuál se abre transparente y puro
cuando la voz del sentimiento, envuelta
en célicas caricias,
dulce penetra en el amante pecho!
Entonces se respiran
auras de un mundo superior, cerrado
al que en la magia del amor no cree.
Y ruedan por la mente
raudales de suavísima armonía,

que fecundando su virtud creadora,
de mil visiones sus dominios pueblan,
y luego en forma espléndida encarnadas,
cobran vida perenne
hollando en triunfo los pasmados siglos.
¡Oh amor, oh amor, encanto
eterno y solo del mortal! Tú sabes
con qué inefable gozo,
con qué emoción conmovedora y honda,
mi alma, entonces virgen,
recibió un día tu primer caricia!
Tú sabes cuántas horas
de insomnio y de inquietud y de delirio
sobre mi ardiente corazón cayeron!
Mas no á agostar su juventud naciente,
como tal vez del sol la lumbre viva
sobre la nueva flor, de aromas llena;
sino á infundirle aliento poderoso,
y fuego, y entusiasmo,
y el amor de la gloria, y la constancia
contra los dardos que el adverso numen
lanza empapados en dolor, al alma
del que Dios hizo al sentimiento dócil.
Tú me enseñaste fulgurante y viva
la dulce virgen de mis sueños de oro,
la de rica y flotante cabellera,
cuyo mirar purísimo y sereno
del alma aduerme las inquietas ondas.

¡Cómo, al verla, mi vida,
hasta entonces sin norma è infecunda,
se llenó de misterios! Savia nueva
mi sér transfiguró; miré del seno
de nuestra inmensa y generosa madre,
brotar deslumbradores
torrentes mil de fuego y hermosura,
en tanto que mi espíritu, templado
para el arduo luchar de la existencia,
surgía á respirar las frescas auras
de risueña y florida primavera.
¡Ángel de amor! Si iluminó mi mente
una chispa, no más, del regio incendio
que arde en los grandes; si escuché extasiado
ese rumor universal que hiende
de mundo en mundo las etéreas ondas;
si el mudo carro de las raudas Horas
vertió sobre mi frente
nutrida lluvia de fragantes rosas,
y sus perfumes aspiré, y la vida
ví levantarse espléndida y radiante,
ostentando engarzado en su corona
el fúlgido joyel de la esperanza;
á tí, amada, lo debo, á tí tan sólo
huerto oloroso del amor; rocío
dulcísimo y fecundo,
que hace lozano erguirse, y rico en frutos
cuanto débil retoño en mí se cría.

Cuando la luz que del oscuro seno
de las tormentas brota,
fatídica en mi frente centellea,
y rueda inmenso el trueno airado y ronco,
una sola, mi amor, de tus sonrisas
en la áurea luz de tu mirada envuelta,
basta á calmar los ímpetus soberbios
de indomable Titán, que agigantarse
siento dentro de mi, y honda y funesta
ansia de horror y destrucción me inspiran!
¡Sí! que tan sólo una palabra tenue
de tus labios amantes derramada,
es bálsamo celeste,
es luz de luna, plácida y serena,
que amor le infunde por lo grande y bueno,
y le torna la paz y la alegría
á este tu corazón, de amor sediento.
Ver desprenderse de tus negros ojos
la luz de la pasión; oir el timbre
de tu voz argentina y melodiosa;
la idea sorprender que rauda cruza
por tu frente serena,
y áun ver rodar por tu mejilla el llanto
brotado al roce de fugaz querella
que injusto provoqué: he ahí el tesoro
de mis ocultos goces; la süave
música siempre varia
que suena en mí cual eco
de una armonía que vibró en el cielo.

¡Cuánto secreto angelical no cela
un alma, cual la tuya, amante y virgen!
¡Cuán frescas aguas al ardiente labio!
¿Y ha de desviar de mí su cauce amado
dejando mustias las hermosas flores
con que mi senda engalanó? ¿Un día
no llegará, en que al verte esquiva y dura
por mi lado pasar, sepultar deba
dentro del pecho la palabra ardiente?...
Perdona, dulce amada, si insensato
con tales dudas tu constancia ofendo!
Hijas son de mi amor, de ese deleite
excelso, inenarrable,
de que en oleadas inundarme siento
cuando en mi alma el íris
de tu cariño, su fulgor despliega!
¡Ah! ¡no me olvides, y seré dichoso!
¡No me olvides, mi bien! Sé tú la sombra
donde los ígneos rayos
pueda templar del mundanal bochornos.
Sé tú la blanca inmaculada venda
que restañe la sangre
de quien hollando aún verdes sendero
hondos males presiente, y corta vida...
Y cuando vuelto en polvo el frágil vaso
que mi anhelante espíritu
aprisiona hasta hoy, triunfante y libre
vuele á esperarte al inmortal seguro,

sierre tu mano con amor mis ojos
que en contemplarte su placer cifraban,
y haz que en torno á mi tumba solitaria
la triste flor de los recuerdos brote.

CALIXTO OYUELA

LAS PORTEÑAS

Buenos Aires soberbio se envanece
con las hijas donosas
de su suelo feliz, y así parece
cual rosal lleno de galanas rosas
que en la estación primaveral florece.
Todas son bellas, y la mano incierta
que al rosal se adelanta,
una entre mil á separar no acierta
entre la pompa de la verde planta.

JUAN CRUZ VARELA

EN LA RIBERA

Ven, sigue de la mano
al que te amó de niño;
vén, y juntos lleguemos hasta el bosque
que está en la margen del paterno río.
¡Oh! ¡cuánto eres hermosa,
mi amada, en este sitio!
Sólo por tí, y á reflejar tu frente,
corriendo baja el Paraná tranquilo.
Para besar tu huella
fué siempre tan sumiso,
que en viéndote llegar, hasta la playa
manda sus olas sin hacer rüido.
Por eso, porqué te ama,
somos grandes amigos;
luego, sabe decirte aquellas cosas
que nunca brotan de los labios míos.
El año que tú faltas,
la flor de sus seibos,
como cansada de esperar tus sienes,
cuelga sus ramos de carmín marchitos.

Por la tersa corriente,
risueños y furtivos,
como sueltas guirnaldas, no navegan
los verdes camalotes florecidos.
Solo inclinan los sauces
su ramaje sombrío,
y las aves, más tristes, en sus copas
gimiendo tejen sus ocultos nidos.
Pero llegas... y el agua,
el bosque, el cielo mismo,
es como una explosión de mil colores,
y el aire rompe en sonorosos himnos!
Así la Primavera,
del trópico vecino
desciende, y canta, repartiendo flores,
y colgando en las vides los racimos.
¡Cuál suenan gratamente,
acordes, en un ritmo,
del agua el meláncolico murmullo
y el leve susurrar de tu vestido!
¡Oh! ¡si me fuera dado
guardar en mis oídos
para siempre, esta música del alma,
esta unión de tu sér y de mis ríos!...
Si al borde de los dulces
raudales argentinos,
naturaleza levantó mil grutas
de pasionarias y silvestres tilos;

si de un árbol en otro,
cruzando entretejidos,
cual hamacas indianas, los zarzales
al aire entregan sus flotantes hilos;
es que el amor es dueño
de todo Paraíso!
es que toda belleza de la tierra
es un fragmento del Edén perdido!
Por eso eres más bella,
mi amada, en este sitio;
y es más blanda tu voz, y más radiante
la lumbre de tus ojos pensativos.
¡Ámame, no me olvides,
ámame con delirio!
¡bésame con el beso de tus labios
como la esposa del cantar divino!
Yo guardaré el secreto,
lo guardará este asilo,
donde, ingenuas, se besan las palomas
ante la augusta majestad del río.

RAFAEL OBLIGADO

EL CORAZÓN

Fortuna, destino, Dios,
oscura, inconstante suerte,
que no alcanza á comprenderte
ni en la vida ni en la muerte
la mísera humanidad:
sér excelso y soberano,
ángel, espíritu, arcano,
que contienes en tu mano
la insondable Eternidad;
tú que del polvo, del humo,
formaste mundos sin cuento;
misterio, deidad, portento,
que ofuscas mi pensamiento
y abismas mi corazón;
que hiciste de una mirada
levantarse consumada
del vano caos de la nada,
la estupenda creación;
á quien llaman reverentes
las criaturas terrenales,

los seres angelicales
y espíritus infernales,
su piadoso eterno Dios;
yo, ceniza, reptil, hombre,
que no acierto á darme nombre,
sin que mi nada me asombre,
levanto hacia tí mi voz.

Tú, Señor, que allá sentado
sobre los cielos fecundos
miras los soles y mundos
en los abismos profundos
revolver bajo tus piés;
inclina la excelsa frente
desde tu trono esplendente,
y acoge la voz de un ente
que no sabe ni aún lo que es!

Tú que pudiste demonio,
ángel, espíritu hacerme,
y me has hecho un sér inerme
que no alcanzo á conocerme
ni comprendo lo que soy;
polvo, lodo, insecto inmundo
que arrojaste sobre el mundo,
donde me arrastro y confundo
sin saber á donde voy.

Es preciso por lo menos,
ya que misterio me hiciste
cuando hacerme ángel pudiste,

que la nada que me diste
te deba algo, eterno Dios.
Así es que yo, vil gusano
que no sé de donde emano,
á tí, excelso y soberano,
levanto, Señor, mi voz.
Y pues encerrar te plugo
en fragil pecho mortal
tremendo, loco, fatal,
el monstruo horrible, infernal,
de mi ardiente corazón,
no le niegues la primera,
la sola, la postrimera
merced que implora y espera
mi frenética ambición.
Yo no te pido, Señor,
yo no te pido riquezas,
ni renombre, ni proezas,
ni magníficas grandezas,
ni que me hagas inmortal;
ni que esté sujeto al mío
del indómito y bravío
fuerte bruto el poderío,
ni el imperio terrenal.
Yo no te pido, Señor,
ni fecunda fantasía,
ni abstrusa ciencia sombría,
ni talento, ni poesía,

ni coronas de virtud;
ni que el mundo me engrandezca,
me venere y obedezca,
ni que el tiempo no envejezca
mi lozana juventud.

Pues que todo tú lo puedes
y de todo eres Creador,
yo te pido bien mayor
como la prueba mejor
de tu infinito poder:
yo te pido ardiente y vivo,
grande, volcánico, altivo,
como lo quiero y concibo,
el amor de una mujer!

Sí, Señor, de una mujer;
pero mujer como yo,
de aquellas á quienes dió
la mano que las formó
el corazón para amar:
mujer para mí nacida,
sólo para mí venida
al desierto de la vida
dónde la debo encontrar.

Misterioso, incomprensible,
fugaz, transitorio sér,
ángel, prodigio, mujer
como se ha solido ver,
aunque pocas veces, ya;

mujer que me ama y muere luego,
cuyo fatídico y ciego
espíritu, alma de fuego,
pintado en su frente está;
mujer que cual soy me quiera,
melancólico, ignorado,
feo, pobre, desairado,
y cruelmente condenado
á maldecir y llorar;
hombre oscuro, peregrino,
que va andando en el camino
de la vida sin destino
ni vestigio que dejar.
Sí, Señor, de una mujer,
mas de una mujer tremenda,
heroica, audaz, estupenda,
que el espíritu comprenda
de su amorosa misión;
mujer como yo furiosa,
frenética, espirituosa,
grande, loca, portentosa.....
más que mujer, ilusión!
Mujer como yo capaz
de apreciar todo el fervor,
la intensidad y el furor
con que mi alma del amor
se abandona al frenesí;
que no piense ni imagine,

discurra ni raciocine
para amar; que se destine
ciegamente para mí!
íntima, cruel, prodigiosa,
cuyo demente heroismo
me cause espanto á mí mismo
capaz de echarse á un abismo
si yo me sepulto en él;
que me maldiga y me llore,
que me aborrezca y me adore,
que me asesine y devore
si soy á su amor infiel!
mujer para quien yo sea
el ángel de su ventura,
su destino, su locura,
su vida, su sepultura,
su Lucifer y su Dios;
hombre, misterio, fantasma
que la deleita y la pasma,
la extremece y la entusiasma
y va de su sombra en pos!
Yo no pido en la mujer
que arrebate el alma mía
ni vetusta jerarquía,
ni precoz sabiduría,
ni aún belleza y juventud;
pero un alma, sí, tan fiera
y que á extremo tal me quiera,

que al universo prefiera,
si es conmigo, el ataud!
No pretendo que me dé
cosa alguna que no deba,
ni de amor ninguna prueba
tremebunda, rara, nueva,
romántica y funeral;
pero sí, para probarme
que respira por amarme,
que me dé si puede darme
por mi amor, amor igual!
Vívida, ardiente, rabiosa,
llama voraz del averno,
maldición, suplicio, infierno,
venganza del Dios eterno
es para mi alma el amor:
y así, maldición, venganza,
suplicio que fin no alcanza,
y amor que el infierno lanza,
quiero el suyo aterrador!
Fiebre ardiente, inextinguible,
que su existencia envenene,
la devore, la enajene,
y á quererme la condene
y á llorarme y maldecir.
No sea su amor distinto
del voraz que quiero y pinto,
fatal y bárbaro instinto

que esté obligada á seguir.
Amor á mi amor igual,
audaz, monstruoso, sin juicio,
para quien no haya suplicio,
abismo ni precipicio
que lo pueda contener;
placer que la desvanezca,
deleite que la enceguezca,
la entusiasme y enloquezca
sin enfriarse ni ceder.
Amor vívido, insaciable,
amor como el amor mío;
no el amor cobarde, frío,
maldito, hipócrita, impío,
que miente el mundo falaz;
sino inmenso amor de vate
que la embriague, la arrebate,
que la consuma y la mate
con un incendio voraz!
Ventura de otra ilusión
que en sueños de amor arrulla,
en la alma de fuego suya
nunca jamás sustituya
la que en mis labios bebió;
y su mente entusiasmada,
con mi amor toda ocupada,
no encuentre en la tierra nada
tan precioso como yo!

Memoria de mis amores,
brillante y eterna llama
que en su corazón derrama
delicias del hombre que ama,
perpetua en su mente esté;
y en su delirante anhelo,
entre el bello azul del cielo
y entre las flores del suelo
se imagine que me vé!
Velado de hermosa nube
que viva luz centellea,
el ángel de amor yo sea
que en la dulce embriaguez vea
de sus sueños de ilusión;
y á la clara faz del día
le parezca todavía
que de su alma y fantasía
delirios de amor no son.
Chispa eléctrica del genio
que mundos y cielos dore
y fuego y deleites llore,
encuentre la que me adore
manar de mi verso vil;
y en cada página mía
beba sedienta á porfía
con la miel de mi poesía
veneno de amor sutil.
Línea mágica que rasga

de altos misterios el velo
y en osado y loco vuelo
de la inmensidad del cielo
busca atrevida el confín:
se imagine que mi verso
como el sol brillante y terso,
descubre del universo
las maravillas sin fin.

Blando deleite inefable
mi tierno canto le inspire,
cuando ternura suspire
y á embriagar el alma aspire
con su nectar celestial;
y una lágrima amorosa
como aljófar en la rosa
surque amable y deliciosa
su mejilla virginal.

Entre el aura embalsamada
que exhalen otros amores,
eche de menos las flores
que mis labios seductores
saben sólo deshojar;
y en el ala misteriosa
de su pena vagorosa
vuele su alma silenciosa
mis suspiros á encontrar.

Menos bella le parezca
con toda su pompa vana

la risa de la mañana
que la divinal que mana
mi labio de pura miel;
y sus ojos centellantes,
insaciables y anhelantes,
á beberla por instantes
vengan sedientos en él.
Flor marchita sin fragancia
de su tallo desprendida,
en la fiesta más lucida
mustios sus ojos sin vida,
si no me encuentran estén;
y un pesar oculto y vago,
para su delicia y aciago,
vierta veneno en su alago
y en su corazón desdén.
Relámpago pasajero
que sus afectos excite
oiga mi nombre y se agite,
y se extremezca y palpite
de contento y de pesar;
y con un suspiro ardiente
que la traicione inclemente,
de sus labios juntamente
vuele abrasado á la par.
Seducción de otros amores
que extraviado alguno sueñe,
fiera, altiva la desdeñe,

y en lanzarle cruel se empeñe
su anatema y maldición;
y en perpetuo desvarío
yerto esté, solo y vacío,
si no late junto al mío
su insaciable corazón!
Realiza, señor, los sueños
de mi mente ardecida,
y en la copa de mi vida
vierte veneno en seguida
y acerbo llanto infeliz:
que pobre, huérfano, oscuro,
si encuentro lo que procuro,
por tu grandeza te juro
ser el hombre más feliz.
Realíceme tu clemencia
los delirios de mi sueño,
y hazme un solo instante dueño
del dulce amor alagüeño
que suele en mi alma reir;
y en humo sutil convierte
los halagos de la suerte
que acaso pueda deberte
mi remoto porvenir.
Y en perpetua noche oscura
cámbiase la luz del día,
y en veneno la ambrosía
que derrama la poesía

en mis horas de dolor:
ni mi mente, como suele,
por ideales mundos vuele,
ni comprenda ni revele
los secretos del Creador.
Desvanézcanse de mi alma
las sublimes concepciones,
las poéticas creaciones,
y las gratas ilusiones
de mis mundos de oropel;
ni haya aromas en las flores,
ni sonrisa en los amores,
ni matices, ni colores
á que dé alma mi pincel.
Todo cuanto yo te debo
quítame, si te parece,
que te doy sin que me pese
cuanto tengo y ennoblece
los misterios de mi sér;
y aun renuncio las mercedes
que piadoso hacerme puedes,
si por todo bien me cedes
el amor de una mujer!

CLAUDIO M. CUENCA

ADORACIÓN

¡Soy tuyo, todo tuyo! Ni un momento
lo que por tí, por otras he sentido,
y á tu solo recuerdo, el extinguido
calor del alma, reanimado siento.

Tú infundes á mi espíritu su aliento,
y cuando me hallo enfermo y abatido,
es tu cándido amor el dulce nido
donde va á descansar mi pensamiento.

Por tí vivo, por tí la ardiente idea
que en mi cerebro bulle y se elabora,
en mi frente y mis ojos centellea;

y hasta mi estrofa, rítmica y sonora,
cual raudal que entre flores serpentea,
besa tus plantas y tu sombra implora!

DOMINGO D. MARTINTO

EN LAS OLAS

Sobre el barranco que festona el río,
donde las olas en tumulto espiran,
asido el brazo, con el pecho trémulo,
mudos llegamos.

Ansia de vida y libertad salvaje
arder sentía el corazón ahogado;
ansia de amar, como amarán las libres
aves del bosque.

Caía el sol, enrojeciendo el cielo,
y envuelta en fuego, la ciudad tranquila,
sobre las aguas proyectava tenue,
plácida sombra.

Pronto en la onda nos meció la barca,
doblando el junco en la ribera fértil;
y como un ave de la mar, las olas
cortó ligera.

¿Hacia que playa? Hacia la playa extensa
do el horizonte los abismos toca;
á respirar del infinito al borde
cálidas brisas!

A amar en dulce y silencioso olvido,
lejos del mundo y su miseria eterna;
cerca del astro que elevó su erguida
frente en la noche!

Ella mis manos oprimió en las suyas;
el arco alzó de sus pestañas negras;
y fué, á su sombra, su mirada triste,
vasto crepúsculo!

¡Ah! yo sentía el despertar de un mundo
al rayo azul de su primer mañana;
rumor de selvas y cantar de pájaros,
brisas y flores!

Fija en su rostro la mirada ansiosa,
la contemplé, cual si temiese verla
súbita huir, como otras veces víla,
luz en mis sueños!

Dije á los astros: — "Recoged dos almas
del infinito en la dorada puerta,
y descubrid á su ansiedad el fúlgido
cielo sin límites!"

Dije á las olas: — "En la espuma móvil,
lejos llevad nuestro primer suspiro;
dad á la vida del amor el vasto
piélago inmenso!"

Dije á su amor: — "De mi existencia rápida,
soplo de un día, pasajero sueño,
toma las horas, y en corriente dulce,
haz que se pierdan!"

ENRIQUE E. RIVAROLA.

AMOR

De un suspiro de Dios en el vacío,
surgió el mundo radiante de esplendor,
y al ronco mar y al aquilón bravío,
al cielo, al aire, á la cascada, al río,
á todo entonces agitó el amor.

La tierra, entre suspiros misteriosos,
gimió á los besos del ardiente sol;
y anegándose en llantos voluptuosos,
prendió á sus pechos bosques milagrosos,
frutos eternos de su eterno amor!

Abrasadas las nubes se arrojaron
en los brazos del férvido huracán;
y cuando ebrias de amor se entrelazaron,
el rayo y los relámpagos brotaron,
y nació de ese amor la tempestad.

Las brisas fecundaron á las flores,
engendrando el aroma embriagador;
y las perlas de pálidos colores,
se formaron de llantos quemadores,
que á las sirenas arrancó el amor!

Suspiraron de amor los ruiseñores,
la tierna abeja elaboró su miel;
y es fama, que flotando entre vapores,
vertiendo aromas y esparciendo flores,
apareció en el mundo la mujer!
¡La mujer!... Animada poesía,
misterioso poema de Jehová,
melancólica y viva melodía,
engendro de la luz y la armonía,
sagrado fuego de ignorado altar!
¡La mujer!... Criatura deliciosa,
intermedio entre el ángel y la flor;
bello sér, cuya vida vaporosa,
se desliza fugaz y voluptuosa
entre besos y lágrimas de amor!

JUAN CRUZ VARELA (sobrino).

A.....

Quien no vió nunca la hermosura tuya,
nunca admiró su encantadora magia,
ni sintió el pecho palpitar de júbilo,
ni fué dichoso como yo al mirarla.

Otras hermosas ví, otras pudieron
inspirarme ternura momentánea;
pero ninguna embelesarme supo,
ni cautivarme el corazón y el alma.

Fué mi destino idolatrarte, bella,
hallar en tí lo que busqué con ansia.
la forma ideal que me pintó el deseo,
la imagen fiel de la que yo soñara.

Fuè mi destino en tus hermosos ojos
beber de amor la inextinguible llama,
por ellos suspirar, y encontrar sólo
el celestial deleite en su mirada.

¡Oh! no apartes de mí tus bellos ojos,
foco de amor, aunque su amor me mata;
déjame al menos la ilusión querida,
la serena ilusión de la esperanza.

ESTEBAN ECHEVERRÍA

HIMNO

¡Oh querida! jamás mi labio pudo
decirte cuanto te amo! En mi pasión
te he contemplado palpitante y mudo,
de mi noche sin fin cándido sol.

Místico velo mi cariño ha sido
con que oculté celoso tu beldad;
en mi alma tu amor así ha crecido
como exquisita flor en un fanal.

Nunca se oyó en mis himnos profanado
tu dulce nombre; altivo desdeñé
comprar, en tus encantos inspirado,
para mi frente pálida un laurel.

La gloria está en tu amor; sordo á la fama
quiero oscuro á tu lado ser feliz;
de mi afecto veraz la interna llama,
sólo arde, solo alumbra para tí.

¿Qué da á los hombres la ventura ajena?
¿Irá á cantar en el festín mi voz,
que es una copa de perfumes llena
en que impregnada está, tu corazón?

Ignore el mundo tu belleza, ignore
cuanto hay en tí de suave, de ideal;
que su contacto impuro no desflore
de tu sien la guirnalda de azahar.

Eterna viva en la memoria Elvira
de los siglos, y Laura y Bëatriz,
dulces astros de amor en que se inspira
la mente audaz, el estro juvenil.

Yo quiero para tí sombra y sigilo,
y arrojando en los mirtos el laúd,
vivir, morir amándote, y tranquilo
ir á aguardarte á la región de luz!

CARLOS GUIDO SPANO.

RECONCILIACIÓN

Ayer en el sarao — ¡ nunca lo hiciera ! —
la declaré mi amor. Mostróse huraña,
y pareció con su actitud severa
alzar entre los dos una montaña.
¡ Cómo explicar la sensación extraña
que sacudió mi sér. — Perdón, — la dije,
el pecho en ira y en dolor bullente,—
digno es asaz de hallaros indulgente
quien conoce su falta y la corrige.
No veros más prometo. Iré rendido
á ocultar mi derrota en el olvido.—
Prometer no es cumplir, ¡ fuerza del hado !
¡ Tanto la amara yo, tan bella era !
Quise aun verla una vez, la vez postrera :
confuso, atribulado,
sin saber como, me encontré á su lado.
Miróme intensamente ; los sonrojos
la animaban el rostro de sultana,
y un divino fulgor sus dulces ojos.
—¡ Aun me guardais rencor! — me dijo ufana,

exhalando su boca deliciosa
un olor de manzana;
y luego con el aire de una diosa:
—¡Soñé anoche con vos!—¡Oh amor! presumes
cuál no fuè mi placer! — ¿Y qué soñábais?
— Que rendido á mis plantas me ofertábais
una copa humeante de perfumes.

CARLOS GUIDO SPANO.

EL PRIMER BESO

Tiemble la hermosa, cuando sola, al lado
del bien querido el corazón le lata,
que contra el ruego de un amante amado
es imposible que el rubor combata.
El primer beso á la modestia hurtado
es primer nudo que el pudor desata,
que arrancada á una flor la primer hoja,
un suspiro del aire la deshoja.

JUAN CRUZ VARELA.

***

Como en sudario funeral envuelta,
un hombre lleva entre su cuerpo el alma.
Era el amor de su vivir la esencia,
y amor, amor le falta!
Tú sabes, niña, quién es él; tú sabes
la oscura historia de su vida ingrata,
y que no hay oro ni placer ni gloria
para tristeza tanta!

¡Ay! también sabes que tu amor sería
para su vida fecundante savia,
que en ella hiciera de perenne dicha
brotar la flor lozana!
¡Oh! ¡Cuándo el día lucirá risueño
en que él escuche la gentil palabra
del labio tuyo murmurarle amante:
—¡Alma infeliz, levanta!

JUAN LUSSICH.

¡LOCO DE AMOR!

Que estoy loco, me dices. No lo niego,
te lo confieso, hermosa, sin rubor;
de tus miradas me consumo al fuego,
loco de amor!

Y en medio de mi angustia y mi delirio
creo mirar tu rostro seductor,
que es el origen de mi cruel martirio,
loco de amor!

Y sonríen tus labios con dulzura,
y se cubre tu frente de rubor,
y me arrojo á tus plantas con ternura,
loco de amor!

Uno á uno los surcos de mi frente
grabados por la mano del dolor,
he contado, y me he dicho tristemente:
loco de amor!

Cuando se extinga de mi vida el fuego
y mi alma vuele á otra mansión mejor,
al que tus ojos han dejado ciego,
loco de amor!

Recuerda siempre con pesar, con llanto
pón en su tumba una marchita flor,
allá en la tarde, con anhelo santo,
loco de amor!

GERVASIO MÉNDEZ.

ADOLESCENTE

¡Lejos se oculta á mis ojos,
lejos se oculta mi vida,
copo de espuma llevado
por las corrientes dormidas!
Su blanca imagen las horas
de mi pasado ilumina,
vagando lejos, vagando
por las barrancas floridas.
Allí el rumor de sus pasos
en las quebradas palpita,
y de su falda el susurro
vuela temblando en las brisas.
Allí, como antes, renacen
y la hondonada tapizan,
aquellas flores, aquellas
de sus desvelos de niña!
Aun sueño verla inclinada
en la gredosa colina,
donde, en las tardes de Octubre,
iba á juntar margaritas.

Las agrupaba en su seno,
luego á mi encuentro venía,
de su sombrero de paja
volando al aire las cintas.
— «Son para tí, — muchas veces
burlándose, repetía: —
¿ves? las muy rojas son tuyas;
estas más claras son mías.»
Iba á tomarlas, pero ella
las ocultaba y decía:
—«Sobre mi seno se duermen;
fuera de aquí se marchitan.»
Y, vacilando, en la puerta
de la paterna capilla:
—«Hoy no son nuestras las flores,
son de la Virgen María.»
¡Lejos se oculta á mis ojos,
lejos se oculta mi vida,
copo de espuma llevado
por las corrientes dormidas!
Guardan los bosques cercanos
recuerdos de ella en ruinas:
los viejos nidos, los dueños
de sus primeras caricias!
Sí, pero faltan las aves
que, pequeñuelas, solían
entre sus manos de nieve
batir sus pardas alitas.

Tal vez en árbol lejano
las baña el sol de la dicha,
y no se acuerdan de aquella
que las bañaba en sonrisas.
Más, aunque ingratas la olviden,
está su nombre en mi lira,
y en su inocente recuerdo
mi pensamiento se abisma.

RAFAEL OBLIGADO.

ADOLESCENTES

Cual de costumbre, del ombú á la sombra,
en inocente fantasear mecidos,
nos hallábamos solos, y tendidos
del campo verde en la mullida alfombra.
De las ovejas el balar se oía,
cantaba la calandria en la pradera,
y un hálito vital de primavera
del pasto tierno en derredor subía.
La luz crepuscular agonizaba
tendiendo el vuelo hacia el confín del llano;
y ella, mi amante juvenil, su mano
contra mi mano trémula apretaba.
—¿Por qué suspiras?—simulando enojos
murmuraba á mi oído suavemente,
apartando el cabello de mi frente
y besándome el alma con los ojos.
Posada en mi su angelical mirada
con tal candor y con cariño tanto,
que llena está de su inefable encanto
la dulce historia de mi edad pasada.

Nacida en la extensión, flor campesina,
sin tener otro riego que el del cielo,
no conocía el angustioso anhelo
que en triste ausencia el corazón domina.
¿Cómo decirle — si sus ojos bellos
me revelaban su pasión — que mi alma
sólo encontraba la perdida calma
de otra pupila amante á los destellos?
Quise mentir, y la expresión cobarde
espiró bajo el labio sordamente...
Pálida entonces levantó la frente,
contemplando el lucero de la tarde,
y á su vez suspiró; llena de angustia,
de sus ojos bañóme en la tristeza,
y cayó sobre el pecho su cabeza
como cae sobre el tallo una flor mustía.
Por calmar el dolor que la invadía
y empañaba su límpida mirada,
con la voz por la pena emocionada,
le murmuré al oído: — amada mía!
Brilló en su rostro del asombro el sello;
miróme irresoluta un breve instante;
y luego, trastornada, vacilante,
ebria de amor se abalanzó á mi cuello.
Cual sensitiva á quien la mano toca,
mi corazón plegóse conmovido,
y en voluptuoso éxtasis mecido,
posé mis labios en su dulce boca.

Al ardiente contacto, los sonrojos
encendieron sus pálidas mejillas;
y sintiendo doblarse sus rodillas,
entornó con pudor los castos ojos.
De la sangre á los férvidos accesos,
me sentí por el vértigo arrastrado,
y aquel cándido rostro inmaculado
cubrí sediento de quemantes besos...
Agitado, nervioso, febriciente,
ciega la voluntad, suelto el bravío
torpe deseo que en hinchado río
se desbordó por mi materia ardiente,
iba á empañar, cediendo á mis pasiones,
su alma inocente de belleza tanta,
cuando deshecha en lágrimas — ¡ Oh, santa,
santa Virgen ! — clamó — ¡no me abandones.
Y ya en las ansias de su casto anhelo
la faz sintiendo en lágrimas bañada,
en mística actitud arrodillada,
cayó mirando con afán el cielo.
A su grito de súplica angustiado,
hirió mi sér la desolada escena,
y el alma pura de vergüenza llena,
arrancóme violenta de su lado.
No la ví más, pues al siguiente día,
soltando el freno á mi corcel salvaje,
no como antes, absorto ante el paisaje,
del verde campo en la extensión me hundía.

De pronto, deteniendo su carrera,
lanzó un relincho mi agitado potro
al ver, paciendo, abandonado, al otro
que solía montar mi compañera.
Y el cruel recuerdo del placer pasado,
y la amargura del dolor presente,
vencieron ¡ay! mi corazón valiente
y arrojéme á llorar desesperado!

FRANCISCO SOTO Y CALVO.

A ELLA

Cuando la luz se aleja del espirante día,
no llega repentina la densa oscuridad:
crepúsculo se llama la amiga misteriosa
del luto que se acerca y el astro que se va.

Cuando los frios cesan del riguroso invierno,
no nos envuelve la ardiente túnica estival:
la primavera entreabre su búcaro de flores
al hielo que nos deja y al fuego que vendrá.

Cuando las altas olas del piélago agitado
arroja hasta las peñas el recio vendabal,
la arena de la playa parece que eslabona
lo duro de la roca, lo blando de la mar.

Do quiera que dirijas, hermosa, tu mirada
de bruscas transiciones el cuadro no verás;
así, nunca se tocan el día con la noche,
el frío con el fuego, las peñas con el mar.

Si alguna vez, mi vida, te cansas de quererme
y en ese horrible día te voy á acariciar,
no me huyas y desdeñes!... que la mortal herida
no vaya á abrir, salvaje, de golpe tu puñal!

Yo regaré tu huella de lágrimas y flores:
te ofreceré la palma de mi pasión tenaz;
y si un instante me oyes, has de escuchar palabras
á cuyos tiernos ecos tu amor despertará!...
Así podré á lo menos de la extinguida llama
con el fulgor postrero mi ruta iluminar,
el adorado beso de tus perjuros labios
separará süave mi dicha de mi afán!
Y aunque á la cima llegue más bella de la tierra,
de tu recuerdo el fuego mi sien abrasará,
y cuando yerto caiga, sobre mi losa fría
una invisible mano tu nombre ha de grabar!

ADOLFO LAMARQUE.

LA AGITACION

Imposible arrancar del alma mia
sino acentos de amor! Caber no puede
donde impera tu imágen adorada,
patria, gloria, amistad... cuanto solía
mi pecho conmover... Ya todo cede
á la ardiente mirada
de tus luceros bellos!
Mal mi grado á sus mágicos destellos
mi turbulenta vida está sujeta,
como al influjo de fatal cometa.
Cede el bajel al ímpetu rugiente
del huracán sañudo,
y al puerto amigo arrebatarse siente,
ó va á estrellarse en el peñasco rudo.
Así, en la fiebre do anhelando gira
esta alma delirante,
tus ojos son, Amira,
los que entre el puerto y el peñasco, errante
sin elección, perdido el albedrio,
la oscilación del huracán le imprimen,

y en ciego desvario
lánzase á la virtud, lánzase al crímen.
¿Y este vaivén contínuo, esta perpétua
conmoción en la vida? ¡Cuántas horas
mudo, yerto, insensible,
como la piedra en que sentado estaba,
en seguir las sonoras
ondas de la corriente que pasaba
inerte consumia!
¡Cuántas, la vista atenta,
iba siguiendo estúpido la lenta
sombra que en derredor del tronco huía!
Campo de soledad, yo te buscaba
porque el mundo decía
que la felicidad en tí habitaba,
y en aquel corazón que la invocaba
su misterioso bálsamo vertía.
Mi corazón de fuego
en tí no la encontró; florésta umbria,
silenciosa montaña, campo triste,
yo la paz de la vida te pedía,
tú la paz de la tumba me ofreciste!
Felicidad, ¿dó estás? Este vacio
que al dilatarse, el corazón no llena,
ven, ocúpalo tú. Si ronco suena
el guerrero clarín, y á la matanza
el hombre vuela contra el hombre, dime:
¿bastárame empuñar la férrea lanza

y á la pugna volar? Cuando mi diestra,
al són triunfal de los preñados bronces,
en sangre bañe la mortal palestra,
misteriosa deidad, ¿te hallaré entonces?
En el tropel del mundo
yo también te busqué. Torvo guerrero
sobre carro veloz, de lauro ornado,
agitando el acero,
en lágrimas y sangre salpicado,
raudo al cruzar la turba peregrina,
— " ¡Felicidad, felicidad! „ clamaba,
y en tanto — " Aquí domina „
otro desde la tumba le gritaba.
¿En la vida? ¿En la muerte?
¿Dónde estás para mi? ¡Silencio mudo!
¡Y las horas volaban!..,
¡Y los años corrian!...
Las hojas de los árboles caian,
las hojas de los árboles brotaban!
¡Una mujer!... Con su flotante velo
tocó al pasar mi frente.
Trocóse en fuego de mi pecho el hielo,
mis entrañas temblaron de repente;
los brazos tiendo á la fantasma bella,
mas al asirla, alzada
ví una ara ante mis pies, y detrás de ella,
mi visión adorada
y un misterioso acento que decía:

"¡Profanación... delito!"
y en su abatida frente se leía
un juramento escrito.
Mi planta no, más de mi pecho ciego
llegó un lamento á penetrar su oído,
y en sus trémulos labios tocó el fuego
de mi ardiente gemido!
Abrió sus ojos por la vez primera,
lanzándome una lánguida mirada,
cual si sus puertas el infierno abriera
á un alma condenada.
¡Ah! ¿Qué me importa? Agitación sublime,
¡yo te adoro! Tú eres
alma de mi existencia. Oprime, oprime
un corazón á quien la calma espanta,
inunda, inunda mi mejilla en lloro;
clamar me oirás entre congoja tanta:
"Agitación sublime, ¡yo te adoro!"

VENTURA DE LA VEGA.

COMO TÚ

(ESCRITO Á ORILLAS DEL QUEGUAY)

Es el Queguay un río transparente
cual urna de purísimo cristal
cuyo fondo se ve puro y tranquilo
como el fondo de tu alma angelical.

Quieta es la superficie de sus aguas
si el viento no la agita con furor;
como tu frente es cándida y serena,
si no la agita el soplo del amor.

En el lecho pedroso do descansa,
se deslizan sus aguas con quietud;
como tus horas corren no sentidas
por el sendero fiel de la virtud.

Los sauces que coronan sus riberas
hunden su verde copa en el Queguay,
cual tu frente en mi seno cariñoso
blanda se inclina envuelta con un ¡ay!
Los ubajáis ocultan en sus ramas
pájaros bellos, raros en matiz,
como tu mente abriga mil ideas
que hace brotar la inspiración feliz.

Del Queguay dos gigantescos brazos
oprimen su cintura en derredor,
como tu talle esbelto y delicado
circuye en torno el brazo del amor.

Esconde la ribera entre sus guijas
las perlas con el nácar y el coral,
como atesora tu alma rica y bella
de angélicas virtudes un caudal.

La brisa de la noche entre sus hojas
hace brotar suspiros de dolor,
cual de tus labios ecos misteriosos
el delirante beso del amor.

La selva umbría que lo guarda en torno
impide ver sus ondas de cristal,
cual del pudor el velo misterioso
sombrea tu semblante sin igual.

La blanca aurora rompe el denso velo
que sobre sus espaldas se ve ondear,
cual tú, graciosa, al despertar apartas
el pelo de oro que robó tu faz.

En sus ondas azules se reflejan
del cielo la bonanza y tempestad,
cual tus ojos azules reproducen
de otros ojos la sombra y claridad.

Sus linfas puras entre fango nacen,
mas cristalinas caminar se ven,
cual tú, nacida de la tierra impura,
pura te miro caminar también.

BARTOLOMÉ MITRE.

***

Yo pienso en tí: mi corazón palpita
al vivido calor de la esperanza.
¿Serás la estrella de mi vida errante?...
¿Serás el solo hogar de mi jornada?...
Lleno de fe mi pensamiento triste
sonrie con aliento de confianza;
mi voluntad no cede: te idolatro
con toda la pureza de mi alma.
¿Concibe un amor que no se extingue,
rayo sublime que de Dios emana?
¿Una pasión intensa y taciturna,
como explicar no puede la palabra?
Aunque la ola contra mi se estrelle
y el huracán mis ilusiones bata,
esa pasión me arrojará la vida
y al ideal levantará mi alma!
Cuando la hora de la lucha suene
en el reloj de la conciencia humana,
¡ah! sólo tú retemplarás mi espíritu!
¡tú sola irás conmigo á la batalla!
¿Por qué mi indecisión no desvaneces?
¡Podría hacerme fuerte tu mirada!...
Si tú no me quisieses, ¿qué valdrían
glorias, aspiraciones, ruidos de alas?
Si tú no me quisieses... como un sueño
huiría la ambición que me arrebata,

y no consolarían mi amargura
del porvenir las ilusiones pálidas...
Si la visión de la verdad no miente,
si el grito fiel de la verdad no engaña,
serás la estrella de mi vida errante,
serás el solo hogar de mi jornada!
Más tú no ves que el corazón se agosta
lo mismo que una flor... la senda es árida,
y en los falsos mirajes de la vida
los labios tienen sed de una esperanza.

ALBERTO NAVARRO VIOLA.

LA ÚLTIMA CITA

Aquí sobre la tierra del sepulcro,
donde la sombra de los muertos vaga,
donde valora el alma estremecida
el tesoro inmortal de la esperanza,
el alma tuya
juró á mi alma
la fe sublime del amor primero
que mi existencia á tu existencia enlaza.
Acuérdate que el eco de las tumbas
repitió tu promesa y tu palabra,
que en el sollozo de la brisa errante
volaron hasta el cielo que nos llama,
desde tus labios
que yo besaba,
espíritu sublime de la tierra,
espléndida deidad de carne humana!
Cuando el helado soplo de la muerte
apague de mis ojos la mirada,
y sólo quede de mi carne fría
el polvo vil que pisará tu planta,
¡ay! aquí mismo
donde hoy me amas,
el alma mia esperará la tuya
para volar al cielo entre sus alas!

RICARDO GUTIÉRRE

LA DIAMELA

Dióme un día una bella porteña
que en mi sienda pusiera el destino,
una flor cuyo aroma divino
llena el alma de dulce embriaguez:
me la dió con sonrisa halagüeña,
matizada de puros sonrojos,
y bajando hechicera los ojos
incapaces de engaño y doblez.

En silencio y absorto toméla
como dón misterioso del cielo
que algún ángel de amor y consuelo
me viniese, en mi sueño, á ofrecer;
en el seno inflamado guardéla,
con el suyo mezclando mi aliento,
y un echizo amoroso al momento
yo sentí por mis venas correr.

Desde entonces, do quiera que miro,
allí está la diamela olorosa,
y á su lado una imágen hermosa
cuya frente respira candor;
desde entonces por ella suspiro,
rindo el pecho inconstante á su halago,
con su aroma inefable me embriago,
á ella solo consagro mi amor.

ESTEBAN ECHEVERRÍA.

COMO LOS ASESINOS

¡Pasó!... la sombra densa
de su rizado pelo,
caia en leves ondas
sobre su blanco seno,
niveo jazmin, al alba
de la ilusión abierto.
Pasó, con sus pupilas
iluminando el cielo,
y embalsamando el aire
con su aromado aliento,
y al verme, ni un suspiro
estremeció su pecho!
Pasó junto á la noche
que en la existencia llevo
como sudario fúnebre
que mi esperanza ha envuelto,
y ni una sola lágrima
brilló en sus ojos negros!
Así pasó ayer Lirdia,
en mi dolor hundiendo

su fria indiferencia.
como un puñal de hielo,
y ni una triste sombra
nubló su rostro bello!
Con la cabeza erguida
por desdeñoso imperio,
pasó, muda, insensible,
sin conmoción ni duelo,
como los asesinos
pasan junto al que han muerto!

GERVASIO MENDEZ.

PRIMAVERA

Comenzaba á reir la primavera
cuando, por vez primera,
casi niños los dos nos conocimos;
y llegaron las horas venturosas
que, abiertas con las rosas,
crecieron á la par con los racimos.
Radiaba de su cándida belleza
aquel fulgor que empieza
á derramar el sol en la alborada,
que, al sonrosar la juventud naciente,
es rubor en la frente
y rayo de pasión en la mirada.
Yo la dije mi amor el primer día,
(que entonces no sabía
ahogar el corazón dentro del pecho),
vagando por las sendas arboladas
y frescas enramadas
donde se eleva su paterno techo.
Ella oyó mis palabras indecisa,
más su dulce sonrisa

trocó de pronto en gravedad severa:
y tomando un camino sombrëado,
se alejó de mi lado
desdeñosa, es verdad, pero hechicera.
¡Oh, qué interno y cruel remordimiento
nubló mi pensamiento!
Juré, inocente, mi futura enmienda;
y, hundido de mi culpa en el abismo,
huyendo de mi mismo,
tomé del bosque por contraria senda.
¡Desengaños de amor! ¡de las pasiones
amargas decepciones!
¡cómo desmaya el corazón herido!
¡cómo entorno parece que se siente
un sollozo doliente
que se estrella perenne en el oido!
"¡Ah! ¿por qué fuí con ella tan osado? —
decía despechado, —
¿por qué no supe respetar la calma
de su inocente juventud dormida,
y al lago de esa vida
como una piedra desplomé mi alma?"
Y vagaba, vagaba á la ventura,
como en la selva oscura
ave extranjera demandando abrigo,
cuando al doblar la senda tortüosa
¡casualidad dichosa!
yo me encontré con ella, ella conmigo.

Sentí vergüenza, irritación, desprecio
de mi arrebato necio;
y si postrado no caí de hinojos
y hasta sus plantas no llegué sumiso,
fué porque ella no quiso
llamarme, cual solía, con los ojos.
No: sin mirarme atravesó el camino;
y de un rosal vecino
una flor escogió, fresca y lozana,
una rosa encendida, que no era
sólo copia hechicera,
sino también de su mejilla hermana.
Pero cuando, al ponerla en su cabello,
un rosado destello
se derramó sobre su sien de armiño,
ciego, loco talvez, aunque no absuelto,
me adelanté, resuelto
á ofenderla otra vez con mi cariño!
Al sentirme llegar, alzó la frente,
y casi indiferente,
como el que al bien una venganza inmola,
me dijo, el bello rostro sonreido;
—"¿Creerás?... No te he sentido.
¿Por qué te apartas y mo dejas sola?"
No supe contestarla. Aquel acento...
mi corazón, sediento
de las visiones que creó soñando...
el reciente dolor... la ofensa impía...
¡ay! toda el alma mia

estalló en su presencia sollozando!
Y ella también, su juvenil cabeza,
más bella en su tristeza,
sobre mi pecho abandonó, llorosa:
y en aquel arrebato delirante,
quedó por un istante
bajo mis labios la encendida rosa.
"Tómala, es toda tuya" —me decía
cuando en suave alegría
nuestro primer dolor se hubo trocado;
y desde entonces, dichas me parecen
enojos que florecen
no bien con dulce llanto se han regado.

RAFAEL OBLIGADO.

¡HUYAMOS AL BOSQUE!

Settembre nos llama.... ¿No ves la paloma
que agita sus alas abiertas al sol,
y hiende los aires buscando á su amante,
y lanza sus himnos celestes de amor?
Dejemos los vanos rumores del mundo,
dejemos al hombre luchar por vivir,
huyamos al bosque, tomemos las flores,
mi mano en tu mano... tus ojos en mí!
Bebamos las brisas, oigamos los cantos
que alegre, en las ramas, modula el zorzal,
perdidos y errantes miremos los cielos,
y en lazos de amores las horas girar.
¿No ves cómo forman sus redes de espuma
las aguas radiantes del terso raudal,
y el cisne de nácar navega sereno
dejando en las hondas su estela al pasar?
¿No ves cómo mueven las brisas las hojas,
y bajan del cielo torrentes de luz,
y el himno del mundo, sonando en los aires,
al alma extasiada colora de azul?

¡Huyamos el bosque!... Sus dulces misterios
mil trovas de amores sabránme inspirar.
Tomemos las flores: tú harás mi corona,
y el triste poeta tu amor cantará.

Bebiendo en tus ojos fulgores etéreos
las cimas más altas audaz tocaré,
y altivo y triunfante ¡mujer de mis sueños!
del lauro anhelado tu frente ornaré.

Más ¡ay! que son vanos mi amor, mis anhelos!
Vano es á la hermosa, constante llamar;
en vano á los vientos daré mis gemidos:
al bosque conmigo la hermosa no irá!...

JUAN ANTONIO ARGERICH

AMIRA

¿Conocéis á la rubia y tierna Amira?
Qué belleza, qué flor, qué luz, qué fuego,
Su andar se ajusta al ritmo de la lira,
hay en su veloz la suavidad del ruego.

El flamenco nadando en la laguna
entre el verde juncal, no es más gallardo;
espira un vago resplandor de luna,
tiene la fresca palidez del nardo.

Hace soñar; la mente se colora
de su candor al virginal destello;
se sueña con las rosas, con la aurora,
con las hebras de su cabello.

Parece que un espíritu celeste
siguiéndola invisible la perfuma,
y que su blanca y ondulante veste,
por el aire agitada, hiciese espuma.

Ayer la ví pasar en lontananza,
é imaginó mi alma entristecida,
era el ángel de la última esperanza
que buscaba el sepulcro de mi vida!

CARLOS GUIDO SPANO.

ILUSION

Todo eres tú. Los cielos sin colores,
tibia la brisa, sin su luz el día,
turbios los rios, sin olor las flores,
donde no encuentro la adorada mia.
Todo eres tú. Sin fuerza la memoria,
mi vida es una vida sin pasado,
que no tiene más flores, más historia,
que el sólo nombre de mi bien amado.
¿Me amas? ¡Oh! ¡Soy feliz! Pero, ángel mio.
á mi felicidad falta una cosa:
vamos á orillas de mi patrio rio
á respirar su brisa deliciosa.
Sin Buenos Aires, á mi labio toca
siempre la miel mezclada con veneno;
vén á mi patria, vén, y mi alma loca
rebose de placer dentro mi seno.
¡Oh, sí, tú vienes ya! ¡Qué hermoso rio!
Estas son de mi patria las orillas;
miralas con placer, encanto mio;
Y vén... ahora... pronto... en mis rodillas!

Así... tiende á la espalda tus lánguidos cabellos,
inclíname tu rostro teñido de rubor;
tus ojos en los mios, para cambiar con ellos
inmaculados rayos del fuego del amor.

Consiente que mis brazos estrechen tu cintura,
reclina aquí en mis hombros tu alabastrina sien...
Al rio ha enamorado tu angélica figura,
y besa con recato tu delicado pie.

El sol acaba ¡mira! de sepulsar su frente.
¿Qué cielo hay más hermoso que el que nos cubre aquí?
Mira ese azul tan limpio, tan terso. Solamente
habrá en el alma tuya tranquilidad así!

¿No sientes un aliento purísimo de aromas
que te dilata el alma, que espíritu te dá?
Son brisas que nos llegan de las floridas lomas
y las sahumadas islas que baña el Paraná.

Si bajo de estos cielos tan límpidos y hermosos
no se alza entre sus nubes el trono del Señor,
bien pueden á lo menos alzarse majestuosos
el trono de la gloria y el templo del amor.

Repíteme al oido... ¡despacio!... que no sienta
el adormido río los ecos de tu voz;
repíteme, alma mía, que tu alma se alimenta
con el amor que puso dentro mi seno Dios.

¡Mi amor! deja... se vuela fugaz hasta las olas
el velo que cubría tu puderosa sien...
Llèvenselo las brisas y que mis manos solas
te cubran y te guarden, mi idolatrado bien!

José Marmol.

SOMBRA

¿Y has podido dudar del alma mía?
¿De mi que nunca de tu amor dudé?
¡Dudar! cuando eres mi naciente día,
mi solo orgullo, mi soñado bien!
¡Dudar! sabiendo que en tu ser reposa
cuanta esperanza palpitó en mi sér,
y que mis sueños de color de rosa
el ala inclinan á besar tu sien!
Por eso, lleno de profundo anhelo,
me oyó la tarde, divagando ayer,
decir al valle, preguntar al cielo:
—¿Por qué ha dudado de mi amor, por qué?
La luz rosada de la tarde bella,
huyó á mis pasos para no volver;
y la naciente, luminosa estrella,
veló sus rayos para huir también.
Y mudo, triste, solitario, errante,
el alma enferma, por primera vez,
hundí en la sombra, y se apagó un instante
la luz celeste de mi antigua fe.

Perdido en medio de la noche en calma,
brumoso el rio que nos vió nacer,
de alzar el vuelo á la región del alma
sentí la viva, la profunda sed.
¡Fugaz deseo! Tu inmortal cariño
ardió en la noche, y en su llama cruel.
la mariposa de mi amor de niño
quemó sus alas y cayó á tus pies.

RAFAEL OBLIGADO

SOLEDAD

De la verde alameda al fresco abrigo
llevar mi amor á disfrutar quisiera,
si pudiese tu amor venir conmigo.
Pasearíamos juntos la ribera;
tú arrancarías las esbeltas flores
que hace abrir la naciente primavera;
yo encontraría en tu pupila inquieta
la flor de los ensueños del poeta;
y apartados de un mundo de dolores,
solos los dos, bajo ese cielo en calma,
dejaríamos trémula en el alma
desbordarse la luz de los amores!

Aquí, bajo la sombra, donde pasa
atravesando las tupidas ramas,
el rayo tibio de la luz escasa,
tú me dirías, sí, cuanto me amas!...
Me dirías tus sueños, tus secretos,
que de vivir en tí viven inquietos;
y en un exceso de pasión vehemente,
darías con el soplo de un "te adoro"

lluvia de perlas á mis sueños de oro,
fresco rocío al corazón ardiente!

Fieles testigos del amor sincero,
entre las hojas las alegres aves
traducirían en sus coros suaves
la frase balbuciente del "te quiero"...
Ellas verían nuestro amor jigante
temblando en el suspiro que se exhala,
y cruzar el espaco como un ala
revoloteando por el cielo errante;
y en tanto que vagásemos perdidos
con incansable afán nos seguirían,
y al par de nuestras almas alzarían
el canto del amor, sobre sus nidos!

Árbol á cuya sombra llevo el paso;
flor que te inclinas si te besa el viento;
de las cascadas lánguido lamento;
sol de fuego que ruedas al ocaso;
primavera que naces este día;
y tú, callado cielo, muda calma,
veríais como un soplo de armonía,
cruzando el valle, atravesando el monte,
ir dos cuerpos soñando con un alma;
buscando en lo infinito su horizonte!...

ENRIQUE E. RIVAROLA

Á MI CABALLO

Rey de los llanos de la patria mía,
mi tostado alazán, ¿quién me volviera
tu fiel y generosa compañía
y tu mirada inteligente y fiera?
¿Has llorado por mí, cuando otra mano
limpia el polvo á la crin de tus melenas?
¿Recibes las caricias siempre ufano,
adviertes, alazán, que son ajenas?
Tu pobre dueño, errante, vagabundo,
tan sólo de recuerdos ha vivido,
y en todos los caminos de este mundo
la imagen de la Patria le ha seguido.
Patria es amor, es entusiasmo, es gloria,
es el aliento de la vida humana,
la costante visión de la memoria,
el sueño de la noche y la mañana.
Tú mismo, el cuello de dolor doblado,
la nativa llanura abandonaste,
y el lago cristalino y azulado
en el rico pesebre recordaste.

¿Es tan hermoso el cielo! ¡Son tan bellos
los astros que en el Plata se reflejan!
Con renegridos ojos y cabellos,
esclavo el corazón sus hijas dejan.
Crecen allí las flores y las mieses
sin el cansancio de la frente humana,
y señala el camino de los meses
fruto sabroso que perfume emana....
¿Te acuerdas, mi alazán, de aquella aurora
cuando llegando á la ventana mía,
hallaste mi cabeza indagadora
ante el libro doblada que mentía?
Ya del Oriente el resplandor velaba
del lucero de amor la mustia lumbre,
y la aromada brisa que reinaba,
el pecho me llenó de mansedumbre.
Un no sé qué sentí; como incompleto
mi sér me pareció: tendí los brazos,
y sólo sombras y silencio quieto
halló mi corazón hecho pedazos.
Era el amor, la luz de la existencia,
que en mi inocente corazón nacía,
y á mi joven incauta inexperiencia
placeres y deleites prometía
¡Placer! ¡Deleites! Espinas y dolores
sólo encontrè cuando clavé los ojos
en los de una mujer, tan seductores,
que alfombra hizo á su pie de mis despojos.

¡Oh! yo la amé cual se ama la primera,
la vez primera que el amor sentimos,
cuando está el corazón en primavera,
y al sol de las pasiones nos abrimos.
La idolatré y hasta la estampa leve
besé de sus pisadas vagorosas
sobre la yerba de la senda breve,
formada de jazmines y de rosas;
y en el aroma de mi patrio río
cuando ella entre las bellas argentinas,
en las auroras dulces del estío
se bañaba en las ondas cristalinas.
Tú, mi alazán, amigo fiel ausente
más de una vez has inundado el seno
de otro alazán fogoso y diligente,
con la argentada espuma de tu freno.
Tus huellas á las suyas confundidas
se vieron muchas veces en la arena,
cuando en voces del alma desprendidas
conversaba de amor con mi morena.
Tú conocías como yo el sendero
por mi amada en los campos preferido,
y el paso redoblabas placentero
de mi impaciente látigo al chaspido.
Más de una vez, desde tu inquieta espalda
de flores despoblé la enredadera
para adornar su sien de una guirnalda
que jugase en su negra cabellera.

Tú entre las calle de mi patria hallabas
puesto ya el sol, su calle y su ventana
é inclinando la frente te parabas
ante la que era el sol de mi mañana.
¡Todo pasó! Del pobre desterrado,
en el variable pecho de la bella,
no hay ni un recuerdo del amor pasado,
ni en sus paternos campos una huella.

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ.

LUZ Y ARMONÍA

Pardos los ojos de mirar sereno,
negro el cabello, pálida la tez,
armonioso el hablar, de gracia lleno,
flexible y ondulante su esbeltez:
arde en su seno del amor la llama
y esparce en torno suyo su calor:
es un vaso de luz que se derrama
y alumbra cuanto tiene á su alredor.
Bajo la sien de nieve palpitante
la inteligencia expande su raudal,
y brilla en cada rasgo del semblante
como brilla la luz tras un cristal.
De su voz las cadencias armoniosas
semejan, en sus labios al nacer,
canto de ruiseñor entre las rosas,
un eco voluptuoso del placer.
¡Ah! ¡cuánto amor al corazón inspira
su inmaculada gracia angelical!
¡Ah! ¡cuánto amor su corazón respira
cuando agita su seno virginal!

Algo divino en ella se refleja
que levanta la mente á otra región;
la envuelve una aureola y la asemeja
á una ideal y célica visión.

La contemplo, y su luz que en torno brilla,
y la armonía etérea de su voz,
me envuelven, y yo doblo la rodilla
sintiendo que su amor me alza hasta Dios!

ADOLFO MITRE.

CANCIÓN

¡Sola flor de mi huerto!
único faro que á mi triste vida
señala el dulce puerto,
cuando erra combatida
por rudos vientos en el mar perdida.
Tú siempre has derramado
el incienso y la mirra en mi camino,
y mi alma has amparado
del golpe del destino
bajo las alas de tu amor divino.
Sin tí, de mi existencia
ni un efímero rastro quedaría,
y esa torpe demencia
que *amor* llamaba un día,
vencido ya mi corazón habría.
Cual fecundo rocio,
descendió hasta mi mente tu consuelo,
y el dolor y el hastio
huyeron, como el velo
la larga noche ante la luz del cielo.

Hoy, cual nadie, dichoso,
en el seno inmortal de mi ventura
soñando me reposo,
y tu dulce hermosura
me da su sombra regalada y pura.
Las falaces visiones
con que alimenta la insaciable gloria
sus locas ambiciones,
no turban mi memoria,
y huye al olvido, sin temor, mi historia.
Tu cariño es bastante
para llenar la copa de mis días,
¡oh, mi cándida amante!
y son las glorias mias
las que en el beso de tu amor me envías.
En el mundo no quiero
más que un pobre rincón, donde contigo
viva, al fin, placentero,
y algún árbol amigo
que nos dé contra el sol su fresco abrigo,
Á su pie, sonriente
nuestra humilde morada se alzaría,
y una sonora fuente
con plácida armonía
el sueño de su paz arrullaría.
Allí, á los dos unidos
por un solo y constante pensamiento,
de los ocultos nidos

nos contaría el viento
el puro amor y el inmortal contento.
Nuestro feliz encanto
no turbaría la contraria suerte,
y olvidados del llanto,
veríamos con fuerte
pecho, llegar la triunfadora muerte.
Que ya la muerte oscura
no ocultaría tras su negro velo
nuestro sol de ventura,
porque al dejar el suelo
mi amor iría á continuarse al cielo.
¡Ven, pues, mi dulce amada!
¡ven á gozar de esta serena vida!
y en la inquieta enramada
que á soñar nos convida,
del sueño hablemos que en mi mente anida!
Hablemos de ese sueño,
el último tal vez que abre á mis ojos
un porvenir risueño,
y entre risas y enojos,
mi labio acalla con tus labios rojos.

DOMINGO D. MARTINTO.

***

Ven. Sobre el llano y el monte
cruza el céfiro callado...

¿No oyes volar por el prado
las estrofas de Anacreonte!...
¡Oh, mi amor! oye el acento
de la brisa; oye el gemido
del manantial escondido
que resbala soñoliento;
oye la dulce querella
del ave que no reposa;
besa el labio de la rosa,
bebe la luz de la estrella.
Muestra á la selva tus galas
y que, al pasar por su lado,
te ofrezca su alfombra el prado
y los pájaros sus alas.
Cariñosa es la pradera,
la mañana seductora...
una dice: ¡Soy la aurora!
otra: ¡Soy la Primavera!...
Y de la fuente al rumor
la naturaleza pura,
al contemplar tu hermosura,
te dice: ¡Soy el amor!
Deja que rian los labios
de nuestros mutuos excesos;
¡el labio busca los besos
y el beso busca los labios!
Correremos por el llano
recogiendo margaritas,

con caricias infinitas
y con tu mano en mi mano.
Y al llegar el medio día,
sobre la hierba tendidos,
los pájaros en sus nidos
nos brindarán su armonía.
Acallando los rumores
de las ramas y las aves,
alzaré con ecos suaves
la canción de los amores.
Te diré cuanta ternura
llena mi alma de poeta,
cuando el porvenir me inquieta
meditando en tu hermosura.
Te diré las ilusiones
del que huyendo del tumulto,
hace de su vida el culto
de su gloria y sus pasiones.
Te contaré mis dolores,
y al poder de nuestro amor,
que, como el astro y la flor,
tiene perfume y fulgores,
bajo las ramas, dispersos
se alzarán, á nuestro acento,
como hojas que arrastra el viento,
revoloteando los versos!

MARTIN GARCÍA MÉROU.

*
* *

Si tú supieras, hermosa niña,
cuánta nobleza tengo en el alma,
cuánta ternura, que altivo oculta
mi rostro adusto... quizá me amaras!
Si tú supieras cómo es de triste,
cómo está llena de horas amargas
la oscura vida de tu poeta,
tuyo tan sólo, que á tí sólo ama...
Si tú supieras que acaso el germen
de algo muy grande bulle en su alma,
cáos gigante que espera el *fiat*
de una amorosa dulce palabra...
Si tú supieras cuánto ambiciona,
si tu supieras cuánto te ama...
Más, qué valiera! sabes que es pobre,
muy pobre, niña, y eso te basta.

JUAN LUSSICH.

LAS DOS ALMAS

Huérfana como el águila del cielo,
errante como el céfiro del alba,
triste como el destierro del proscrito,
sola como la flor de la montaña,
como el lucero
de la mañana,
así vivió tu alma sin la mia,
así vivió mí alma sin tu alma!
Como el cuerpo y la sombra de su cuerpo,
como el mar y la onda de sus aguas,
como el canto y el eco de su canto,
como el sol y la lumbre de su llama,
como los ojos
y la mirada,
así se unió tu alma con la mia,
así se unió mi alma con tu alma!
Sobre la tierra de extranjeras olas,
bajo el cielo sublime de la patria,
en las risueñas horas de la dicha,
en la noche fatal de la desgracia,

como dos ruedas,
como dos alas,
no se apartó tu alma de la mia,
no se apartó mi alma de tu alma.
Cuando el tremendo golpe de la muerte
la misma tierra á nuestros cuerpos abra,
tu alma en sus alas alzará mi vida,
mi alma la tuya subirá en sus alas
hasta ese mundo
de la esperanza,
patria inmortal de tu alma y de la mia,
patria inmortal de mi alma y de tu alma!

RICARDO GUTIÉRREZ.

PRIMAVERA

¡Vén, mi adorada, vén! La primavera,
con caricia de luz, ha despertado
la verde loma y la feraz pradera,
y sus días, ardientes y risueños,
hijos queridos del amor, han dado
flores al árbol, y á las almas, sueños.
Como madre feliz que su hermosura
con ese velo cándido engalana
que estrenó ante el altar su frente pura,
así hoy se cubre la inmortal natura
con el albor de su primer mañana.
Ni una nube aparece
en la cúpula azul del firmamento,
y el río que solloza y se extremece
á los besos del viento,
arrojando á tus plantas sus espumas,
en su propia extensión se desvanece,
bajo cortinas de flotantes brumas.
El seibo, á la luz del sol naciente,
abre sus flores en guirnaldas, rojas

como la sangre de tu labio ardiente;
y entre las verdes hojas
con que la hiedra y el jazmín florido
cubren el tronco de elegante palma,
cual negro punto, se dibuja el nido.
¡El nido! ¡Cuántos cantos de alegría,
como el perfume ó la oración de un alma,
se elevan de su seno
cuando despierta y se adormece el día!
Está su ambiente lleno
de un perfume divino,
de ese perfume de pasión y gloria
con que quiso el destino
con tu recuerdo embalsamar mi historia.
La quietud majestuosa del paisaje
tiene algo de infinito, de grandioso,
y el viento, el río, el ave y el follaje
nos hablan en su idioma misterioso
de cuanto en este mundo hemos amado;
y los dulces recuerdos del pasado,
cual bandada de pájaros errantes,
en torno de nosotros se levantan,
ó plegando las alas palpitantes,
de nuestra vida en el sendero cantan!
Y cuando todo allí revive y siente,
tú también, reclinando tu cabeza
sobre mi pecho ardiente,
me inundas con la luz de tu belleza;

y alzando con tus manos los cabellos
que tiemblan en mi frente,
buscas mis ojos con tus ojos bellos.
¡Ah! nunca tan hermosa
cual hoy me pareciste!
Tus frescos labios, entreabierta rosa,
han olvidado su sonrisa triste,
y tu redondo brazo,
á cada beso nuevo,
mi cuello ciñe como un fuerte lazo!
Cuando mi boca abrasadora llevo
á tu blanca garganta,
parece que apurado,
como un ola que la brisa ha alzado,
tu pecho se levanta;
y luego, llena de febril cariño,
apoyando tus manos en mi frente,
como la madre á su travieso niño,
me empujas dulcemente.
Todo, todo sonríe en ese instante:
el rayo de la luz en la pradera,
y la luz del amor en tu semblante.
La brisa que en tu blonda cabellera
se aduerme como el pájaro en su nido,
su aroma por la atmósfera derrama,
y nos dice al oido:
¡yo llevo el beso de la flor que me ama!
Y el ave, el arroyuelo
que bajo de sus olas

dibuja el fondo del tranquilo cielo;
todo al pasar, ó bendición ó queja,
en nuestras almas solas
alguna frase de cariño deja.
¡Amemos, pues, amemos! La ventura,
la gloria de la tierra,
la esperanza, la luz y la hermosura,
todo en el seno del amor se encierra;
y el placer más fecundo
que al corazón opreso
puede brindarle ¡oh, mi querida! el mundo,
no vale nunca lo que vale un beso!

DOMINGO D. MARTINTO.

***

Me dice la razón: "Deja tu pluma,
no te acuerdes más de ella: ¡no te ama!..."
y el corazón de pena se me ahoga,
y cae en el papel muda una lágrima.
Pensando qué decir, sobre la mano
sostengo la cabeza reclinada,
y escribo, sin fijarme, y con tristeza,
una vez y otra vez: "*Ingrata... ingrata!*"

E. E. RIVAROLA.

LAS CASTAÑAS

Teresa, Juana é Inés
Tres hermosas niñas son,
En competencia las tres
Modelos de discresión.
Su mamá con grato amor
Las entregó su merienda,
Y por premiar su candór
Mandó al criado á la tienda.
Por castañas, un montón
Dió á cada una pan y miel
Que ivan á hacer el papel
De postre en esta función.
Repartidas las raciones,
Llegó Julio, el muy travieso
Y con su pensar avieso
Emprendióla á mojicones;
Se las quitó, armó mil riñas
Y hubo allí toros y cañas,
Quedando las pobres niñas
Llorando por sus castañas.

EL HOGAR VACÍO

¡Ay! tu hogar está humedo y sombrío,
de tu encanto vacío,
de todos tus reflejos despojado!
El aire que agitaba tus cabellos,
como no juega en ellos,
circula entre los árboles callado!
Se caen marchitas al abrir las rosas
que, frescas y olorosas,
ayer reían en tus sienes bellas;
y crecen las acacias tan lozanas,
que cubren las ventanas
por donde nos miraban las estrellas.
Como uno y otro día no te vieron,
tus tórtolas huyeron,
aquellas que, amorosas y sencillas,
sobre tu casto seno se empinaban,
y tus labios besaban
golpeando con sus alas tus mejillas.
¡Quién sabe dónde están, á donde han ido
á suspender su nido!

Extrañas son las que en el bosque moran,
las que se mecen en sus verdes cañas,
y á tu recuerdo extrañas,
las que en tu sauce predilecto lloran.
Todavía aquel árbol eminente,
Sobre el balcón saliente
deja, inclinado, que su copa oscile;
pero ya no entrelazan en los muros
sus vástagos oscuros
la madreselva y el jazmin de Chile.
Crece hierba salvaje en las macetas,
colmadas de violetas,
que tú regabas al morir el día;
y ruedan por los patios desbandadas
las hojas arrancadas
de aquel naranjo que tu edad tenía.
Las limpias aguas del raudal cercano,
que en tu rosada mano
beber solías con afán sonriente,
cuando del linde de tu hogar se alejan,
parece que se quejan,
que van llorando por su dueño ausente.
¡Las olas son que en apacibles horas,
copiaron, seductoras
de tu frente de niña la azucena!
¡las mismas olas que no bien llegaban,
teniéndose, buscaban
algún hoyuelo de tu pie en la arena!

Como en los días del ardiente Enero,
la jaula del jilguero
aún cuelga del parral, fresco y umbroso;
pero ¡ay! en vez del que quisiste tanto,
hay otro cuyo tanto
es un gemido de dolor medroso.
Así mi lira llorará tu ausencia.
Tu cándida existencia
cual blanca nube se elevó del suelo
y en lo infinito desplegó sus galas...
Los que nacen con alas,
¡qué pronto suben de la tierra al cielo!

RAFAEL OBLIGADO.

EL CANTAR DE LOS CANTARES

Lleva la nave, viajadora inquieta,
un edén escondido:
son dos novios de ayer que han hecho el nido
donde lo haría el sueño de un poeta.
Ellos quisieron, para amarse á solas,
la errante soledad del camarote:
y el nido, puesto á flote,
con alas de vapor hiende las olas.
Allí está la pareja, cuyo anhelo
unió la tierra al cielo
con invisibles lazos,
cuando en nombre del dios que abre las flores,
el dulce amor la aprisionó en sus brazos.
Ella, la hermosa frente
al peso del rubor tiene doblada,
y ha entornado los ojos, porque siente
el miedo de la luz en la mirada.
Él se ha puesto de hinojos
para tomar y acariciar su mano;
para sentir, espiándole los ojos,

que es suya, toda suya,
la virgen de los ruegos soberanos.
Allí están, en profundo
éxtasis de pasión, sabiendo apenas
que pueda haber más gloria en este mundo
que el beso forjador de sus cadenas.
Y en tanto que ella esconde,
huyendo del rubor, sin saber donde,
sobre su pecho el rostro enrojecido,
él traduce los besos en palabras
y el poema inmortal canta en su oido:
— "Acuérdate, mi amada,
del día aquel que nos unió el destino,
cuando puso el Señor en mi camino
la promesa del cielo en tu mirada.
"Aquel hermoso día,
era un arrullo la Creación entera,
y el través de tu alma y de la mia,
como un enjambre de alas rumorosas,
pasó la primavera.
"Yo no sé cómo fué que nos sentimos
con sed de luz, de cantos y de aromas;
nos amamos mirándonos,
como brotan las flores en racimos
y nacen en casales las palomas.
"Desde entonces, la vida,
sonrojada en los dos, tuvo colores,
y ofreció á la ilusión, embellecida,
regazo azul para soñar amores.

"¡Quién tuviera la voz de la inocencia
para encantar las almas, evocando
de nuestro idilio la inefable historia!
¡Tanta dulce memoria
que á nuestro corazón se está asomando!
"El tiempo aquel, — ¡acuérdate, alma mia!...
cuando en las tardes tu beldad galana
en vaporoso traje se envolvía
y á mi me parecía
que era marco del cielo tu ventana.
"Cuando en el templo, lleno
de luz crepuscular, al lado tuyo
iba á sentirme generoso y bueno,
y á orar por mis quimeras, con el alma
mecidas por las ondas de tu seno!
"Acuérdate, mi encanto,
de aquella noche de las dulces horas
por cuya sombra suspiramos tanto!
"Cuando, por vez primera,
atravesó el dintel de tu morada
mi tímida ternura,
que envidiaba á tus rosas la ventura
de acariciar tu negra cabellera!
"Ni en la voz de pasión con que embelesas
mi existencia cautiva,
hay más gritos de amor que en el relámpago
con que me dijo ruegos y promesas
tu mirada furtiva.

"¡Cuánto ideal risueño
con sus visiones de brillantes galas,
aquella noche acarició mi sueño,
cuando tu imágen me cerró los ojos
y el alma insomne desplegó las alas!

"Como soñar contigo era mi vida,
soñé que eras de Dios hija mimada!
un Dios tan justo y bueno
que tan sólo á mis besos consagrada
te guardaba en los cielos escondida!

"En la hora nupcial del paraiso
la estrella del amor brilló en tu frente;
y, porque Dios lo quiso,
un ángel puro abandonó en mis brazos
tu belleza inocente.

"Y eras, mi bien, tan bella,
que no había en mi espíritu adormido
otro rayo de sol que el de tu huella;
y el cielo, y Dios, y el ángel, y la estrella,
tenian el color de tu vestido!

"Acuérdate, mi gloria,
de tanta imágen dulce y sonriente
que despertar se siente,
como una aurora eterna, en la memoria.

"Aquel cambio de flores, á hurtadillas,
sin que nadie nos viera;
y aquel hallarse siempre y donde quiera
unidas *por milagro* nuestras sillas.

"Y aquel pensar los dos la misma cosa
que parece mentira,
como si fuera el alma luminosa
cuando el amor la mira.

"Y aquellos celos mios, que llenaban
mi alma de relámpagos, y luego,
vencidos por la pena de tu ruego.
en tus hermosos ojos se apagaban!

"Nunca estará lejana
de nuestro corazón, en hora alguna,
esa bandada inquieta de recuerdos
que en derredor de la inocente cuna
sus alas blancas batirá mañana.

"Ahora que estoy de hinojos,
alza tus negros ojos
para ver el abismo de los cielos;
alza, para mirar si son más rojos
tus labios ó mis celos.

"Todo en torno respira
el amor y la luz; voces extrañas
arrullan en el aire que suspira;
y el rio, como el cielo que nos mira,
tiene besos de sol en las entrañas.

"Bésame tu también en nuestro nido:
quiero, de encanto lleno,
contar sobre tu labio extremecido
desde el primero al último latido
de ese mi corazón que está en tu seno!

"Alza, mi bien, la frente coronada
de lánguidos rubores,
más bellos todavía que las flores
con que teje la virgen desposada
su diadema de amores.

"Flota en el aire tibio
el perfume de todas las corolas;
la luz en el espacio centellea;
y en el blando regazo de las olas
nuestro lecho nupcial se balancea.

"Escóndete en mis brazos, alma mia,
y bésame en secreto,
que hay un rayo de sol que nos espia,
para contarlo al oleaje inquieto.

"Bésame eternamente,
arrullando las horas de mi vida
con tu dulce caricia enamorada,
y te amaré rendida
más que te amaba un tiempo suspirada.

"Sueños y desvarios
de la dicha serena
en ese beso eterno, mi morena,
pasarán de tus labios á los mios.

"Y hoy, y mañana, y siempre, al lado tuyo,
con miedo de la noche abrumadora,
veré el día que parte,
y entre tus brazos sonaré la aurora
con ansia de la luz para mirarte."

Así canta el amor, en el oido
de la novia agitada y suspirante,
el poema del nido,
mientras la nave, errante
en alas del vapor, tiende su estela
sobre el camino del edén perdido.

MARTÍN CORONADO.

***

(*Fragmento de* EL ÁNGEL CAIDO)

Sentir, amar, mirarte extático de gozo,
tan sólo sé, ángel mio, cuando á tu lado estoy:
cautivo permanece mi espíritu del tuyo,
dichoso como nadie cuando te escucho soy.
No sé qué lumbre brota de tu pupila negra,
no sé qué magia tienes para hechizarme así;
no sé por qué á tu vista mi corazón se alegra,
y en sentimiento puro rebosa junto á tí.
Quisiera ser el ángel de los deliquios tiernos
para inspirarte imágenes purísimas de amor,
para alejar de tu alma presentimientos tristes
y hablarte á todas horas de dichas sin dolor.
Quisiera ser el aura nocturna del estío,
para vagar serena en derredor de tí,

y regalarte aromas, y refrescar tu frente
besando con mi aliento tus labios de rubí.
Quisiera ser la lumbre que tu pupila baña,
para tener en ella mi permanente hogar,
quisiera ser el aire vital que tú respiras
para en tu pecho y venas incorporado estar.
Pero ¡ah! no soy el ángel, ni el aura, ni la lumbre,
ni la mundana pompa me pertenece á mí;
más tengo de ternura raudal inagotable,
tesoro de armonías guardado para ti.

ESTEBAN ECHEVERRÍA.

(*Fragmento de* LA PECADORA ARREPENTIDA)

¡Oh! ¡cómo es dulce en la serena frente
del ángel bello que adoramos ciegos,
legar un beso abrasador, ardiente,
y en su labio dejar furtivamente
otro beso más dulce y con más fuegos!
¡Cómo es hermoso aprisionar su mano,
temblando el alma de placer henchida,
y decirle: mi bien, mi ángel humano,
si yo fuera del mundo soberano,
el mundo diera por gozar tu vida!
Y al reclinar en el turgente seno
nuestra cabeza á su latir mecido,

sentirse loco de deleites lleno,
dejando al alma en su gozar sin freno,
quedarse en brazos del placer dormida!
¡Oh! sí, es muy dulce acariciarla ciego,
con el labio que hambriento la desea;
y entre un delirio de placer y fuego
beber su aliento, y en ardiente ruego
pedirle glorias que la mente crea!
¡Y al ver sus ojos de placer brillantes,
trémula virgen delirando amores,
mecerla en nuestros brazos anhelantes,
embriagando sus fibras palpitantes
con mares de placer, rios de flores!

. . . . . .

Sí, son muy bellos esos sueños de oro
para el hombre que adora con locura;
mas, ¡ay! de la mujer que su tesoro
entrega, derramando dulce lloro,
al *falso* que le miente con dulzura!
¡Ay! que esas horas de feliz delirio
se ahogarán entre lágrimas y duelo;
y cual rayo de sol que abrasa el lirio,
la abrasaran los rayos del martirio;
maldita de los ángeles del cielo!
¡Por Dios! nunca libéis, niñas hermosas,
del beso impuro las sabrosas mieles,
nunca ajéis del pudor las albas rosas,
que esas delicias hoy tan voluptuosas
serán manana lágrimas crueles!

¡Sí! que el placer fugaz de los amores,
suele guardar sus flores entre espinas,
¡y ay de aquellas que en lúbricos ardores
arrancan las espinas por las flores,
convirtiéndose en viles Mesalinas!

Así Mercedes, arrobada y loca
quemó sus labios con letal veneno,
y hoy infeliz, agonizante evoca
los besos de su Dios para su boca,
y el llanto de ese Dios para su seno!

Pero ¡ay! que ya Florencio en su locura
ha regado con sangre sus amores,
y ella que lo extravió siendo perjura,
no tendrá otro placer que la amargura,
y lágrimas sin fin en vez de flores!

. . . . . .

¡Oh! sí, es muy bello á la mujer querida
dejarle un beso en la entreabierta boca;
mas ¡ay! si esa mujer trémula olvida
que ese beso es el llanto de su vida
dado á sorber en deliciosa copa!

JUAN CRUZ VARELA (sobrino).

ADÁN Y EVA

(*Fragmento de* LA CREACIÓN)

Eva

¿Qué sublime poder mi sangre mueve,
que circula en magnética corriente?
¿qué afán secreto el corazón conmueve?
¿por qué se abrasa de calor mi frente?
¿por qué palpita el corazón con brio
y extremecen mi sér fuerzas extrañas?
¡Oh! ¿Qué tienen tus ojos, Adán mio,
que hacen temblar de fuego mis entrañas?

Adán

Yo siento de mi seno los latidos,
algo que el mismo corazón ignora;
una sed que atormenta mis sentidos,
un incógnito afán que me devora.
Vén: acércate más. Cuando te miro
quisiera respirar tu propio aliento,

beberte el alma toda en un suspiro,
y hacer la eternidad de ese momento.

Eva

Tú eres el más perfecto de los seres,
tú eres la luz en que mi sér inflamo;
Adán mio, Adán mio, ¡cuánto te amo!
Extiende, Adán, extiéndeme tus brazos
para verte más cerca enamorada;
y hazme con ellos amorosos lazos
que me tengan por siempre aprisionada!

Adán

Vén, y duérmete en ellos, alma mia.
por tu reposo velará tu dueño,
y un mundo verteré de poësia,
de amor y de perfumes en tu sueño.
¡Qué bien estás así! ¡Con qué pureza
se modelan las líneas de tu cuello!
¡Qué bien sienta á tu mágica belleza
la profusión revuelta del cabello!
¡Qué límpida y que dulce es tu mirada!
Cómo la adora el corazón vehemente!
Duerme si quieres, duérmete, mi amada;
deja en mi seno reposar tu frente.

Eva

¡Dormir!... ¿Y para qué? ¿Para olvidarte?
No, que el sueño aletarga el sentimiento!

¿No sabes cuanto gozo con amarte?
¿O no sientes, Adán, como yo siento?

Adán

¡No sé! Me abraso en fuego devorante,
siento mis venas de pasión hirviendo,
siento bullir mi sangre requemante,
siento con fiebre el corazón latiendo!

Eva

Yo te miro, mi Adán, y á tus antojos,
ciego de amor mi espíritu encadenas,
y el fuego penetrante de tus ojos
me enardece, filtrándose en mis venas.
¡Estréchame á tu seno! ¡Yo te adoro!
¡Ay: yo quisiera ahogarte en mi ternura!
Te miro y soy feliz, y rio, y lloro,
y resistir no puedo á mi locura!

. . . . . .

Y los dos extasiados se miraban,
los ojos en los ojos encendidos;
sonreían los dos y suspiraban,
y el placer embargaba sus sentidos.
Adán, de dicha y de placer temblando,
con aliento de fuego respiraba,
y á Eva entre sus brazos enlazando
con infinito amor la contemplaba.
Eva, abrasada por su llama ardiente,
ya en dulce languidez se estremecía,

ya inclinaba tiernísima la frente,
ya extática ante Adán permanecía.
Y de repente convulsiva, loca,
en la emoción de férvido embeleso,
en la boca de Adán clavó su boca,
y se dieron los dos el primer beso!

OLEGARIO V. ANDRADE.

AL PASAR

(Abbeville-Francia)

Sola en el campo, en la arruinada ermita,
á la trémula sombra de un almez,
hermosa como Ruth la moabita,
recuerdo que la ví la última vez.

Vestía el traje villanesco: saya
corta, listada, un delantal
festoneado con cintas de anafaya,
y una toca plegada, de percal.

En pocos años ¡qué mudanza! Apenas
si pude conocerla: ¡cuán gentil!
más fresca que las niveas azucenas
en las mañanas límpidas de Abril.

Tenía la cintura como un mimbre
flexile y fina, el rostro angelical;
su voz, su dulce voz, era de un timbre
más suave que el canto del turpial.

¡Y sus ojos turquíes! la brillaban
con tan profundo y blando resplandor,
que al parecer serenos, reflejaban
del cielo azul el nítido color.

¡Cuántas veces, de niña, las ramillas
para el fuego juntando la encontré,
y cuántas en las mieses amarillas
sus cabellos de oro acaricié!

Al volverse hacia atrás y dar conmigo
no atinó á recordarme, se turbó;
mas luego que la hablé, mi acento amigo
sus recuerdos de infancia despertó.

—¡Cómo! ¿sois vos? —me dijo conmovida—
¡vos aquí en la comarca!... ¿La salud
sentís de nuevo acaso enflaquecida,
y en procura volveis de aire y quietud?

— No, Blanca; á otro país soy de camino;
no cual en otro tiempo vuelvo aquí,
enfermo y fatigado peregrino,
en busca de la calma que perdí.

Y bien lo siento á fe... ¡Oh, quien me diera
habitar otra vez el romeral,
perderme entre la viña en la pradera,
beber el agua virgen del raudal!

No era ese el deseo caprichoso
del que aspira á una efímera merced;
de olvido, de silencio, de reposo,
sentía el alma la profunda sed.

Pregunté luego á la aldeana bella
por su padre, que un día me acogió
bajo su techo hospitalario, y ella
contestó suspirando: — Ya murió!

—¡Murió! ¿Cuándo murió?—Cumplirá un año
cuando empiecen las uvas á pintar!
Dios alejó al pastor de su rebaño,
¡ah! si vierais, desierto está el hogar! —
Yo estimaba á aquel hombre, franco,
(honrado)
de corazón ingenuo, sin doblez,
allá en su juventud bravo soldado,
vaquero y labrador en su vejez.
—¿De que murió?—la dije.—Estaba fuerte
como el tronco que veis de ese avenus;
un dia entre la mies le halló la muerte
en el sitio en que se alza aquella cruz!
—¿Y os dejó alguna hacienda?—Lo bastante
para vivir la casa y más aquel
molino que se ve blaquear distante,
los bueyes, el sembrado y el verjel.
—¡Pobre! ¿Y tu madre?—Llora el dia entero
Si quereis verla, os llevaré: venid:
está allá bajo al canto del otero,
á la sombra tejiendo de la vid.
—Es tarde ya,—la contesté,—y aún queda
lejos la aldea á donde voy. A más,
temo afligirla. El cielo la conceda
el consuelo á sus penas, la dirás.
—Mas al menos—repuso, los colores
animándola el rostro,—aceptareis
del jardín de mi padre algunas flores
plantadas por su mano. ¿Os negareis?

¡Y cómo resistir su voz tan pura,
aquel dulce mirar, tanto candor!
Seguíla, pues, dejando mi montura
atada al tronco de un almendro en flor.
Al punto en que á estrecharse el valle se (empieza)
hallábase la casa, al pié el jardín,
donde entre ásperos brezos y malezas
se enredaba á los mirtos el jazmín.
Ya en su recinto, Blanca, más lijera
que una corza, con gracioso afán
á esas flores juntó la enredadera,
la violeta silvestre al arrayán.
Hízome un ramillete; sonrojada
con infantil sonrisa me lo dió;
luego por una senda sombreada,
del arroyo á la margen me llevó.
Sentámonos allí, de la corriente
al grato són; el céfiro fugáz
murmuraba en los sauces; blandamente
gemía en la hojarazca la torcáz
Fué en aquel sitio y bajo de aquel cielo
que en aquella alma limpia pude leer
la vaga agitación, el tierno anhelo.
que despierta el amor en la mujer.
Como de miel dorada rebosante
de las vivas abejas el panal,
derramaba su aroma refrescante
la flor de su inocencia virginal.

—Quisiera ir á donde vais, quisiera
conocer otras tierras,—exclamó.—
Vino aquí vez pasada una extranjera,
y ¡ho! ¡cuántas maravillas me contó!
Sombras de sueños vagos, el reflejo
de una esperanza indefinida ví
sobre su frente, cristalino espejo
de un pensamiento ardiente y baladí.
—Blanca—la dije al levantarme—habita
aquí la paz; consérvate fiel
al hogar de tus padres, y bendita
corra tu vida y venturosa en él.
—¿No volvereis?—¡Quién sabe! Voy muy (lejos:)
adiós! Cuida á tu madre, que el amor
de los hijos la savia es de los viejos,
de la vida que muere último albor.
A tomar mi caballo junto fuimos...
lo que por mí pasó decir no sé,
cuando una y otra vez nos despedimos
y que en la casta frente la besé.
Alejéme al galope. Ya distante
la vista volví atrás... ¡Estaba allí!
Su vestido de listas ondulante
á través del follaje distinguí.
Aquel fresco recuerdo de otros días,
su imagen que jamás podré olvidar,
se mezclan á esas vagas armonías
que la vida acarician al pasar.

CARLOS GUIDO SPANO.

AMOR CELESTE

I

¡Qué hermosa es! De entre la sombra densa
de su oscura pestaña,
se levanta la luz suave, apacible,
de su tierna mirada.
No es el brillo del sol el de sus ojos,
es el brillo del alba;
si tuvieran aquél, tendrían fuego,
los suyos tienen lágrimas!
No es su rostro el clavel enrojecido,
es la azucena blanca;
esa pálida flor que vive enferma
de sufrir por el aura!
Siente el amor del ángel, y su espíritu
en el de Dios se baña;
sus ideas son luz, parece, al leerlas,
que un astro centelleara.
No la busqueis en el salón del baile,
esa orgía del alma;

buscadla en el hogar, que allí el banquete
de la virtud se halla!
Es oración, incienso, flor y canto
de inmortal esperanza;
cuando se piensa en ella, se dibuja
algo eterno en la nada.
No se la puede odiar! Sus sentimientos
aunque duelan, se aman;
son como las espinas de las rosas
que hieren y no enfadan.
¿La conoceis? La luna no es más tierna,
ni tampoco más pálida;
con su vestido blanco, se asemeja,
á una visión soñada.
No deslumbra su frente con el brillo
de valiosa guirnalda;
los jazmines y nardos son las flores
que á su cabello enlaza.
De su voz, la expresión de un pensamiento
melancólico mana;
se parece al arrullo de la tórtola,
que entristece y encanta.
Una noche la ví... Sentí la frente
batida por el ala
de un recuerdo, poema de otra vida
que en la tumba se encarna.
El amor inmortal, la fe infinita,
derramó en sus palabras!...

La María de Isaacs sonrió en el cielo,
y la llamó su hermana!
¡Todo lo iluminó!... Miré el espíritu,
como celeste llama,
elevarse del polvo del sepulcro
á su primer morada.
¡Todo lo vislumbré! Mi piensamiento
deshizo la muralla
que, entre el mar de la tierra y el del cielo,
sombría se destaca.
Y la fe, como estrella que claréa
en noce de burrasca,
disipó las tormentas de la duda
que mi vida azotaban.
Desde entonces creí: nació en su labio
la verdad anhelada,
la verdad de su amor, el lazo eterno
que á lo inmortal me ata!
Desde entonces amé, porque su boca,
como las flores, casta,
me enseñó que hasta Dios el alma sube
si el amor la levanta!
Y siento desde entonces algo grande,
que la tierra no abarca,
que no cabe en los límites del mundo,
que en la tumba no acaba!
Algo que, en el Calvario de mi vida,
de la cruz me desata,

que trueca las espinas del martirio
en la gloriosa palma!
¡Sentimiento inmortal! celeste dicha
que vence á la desgracia!
¡El único girón de la bandera,
triunfante en la batalla!

II

Poetas: si las aves y las flores
á que cantáis no os bastan;
si busca una oración para sus cuerdas
dulcísimas, vuestra arpa;
ó sí anhela un perfume semejante
al perfume que exhala
el humo de la mirra que en el templo,
ante Dios, se derrama;
enlazad la armonía de su nombre
á vuestra lira mágica,
y sentireis alzarse con sus notas
perfumes y plegarias
Es oración, incienso, flor y canto
de inmortal esperanza!...
¿La quereis conocer? En el santuario
de la virtud buscadla.

GERVASIO MENDEZ.

LA RUPTURA

(*Fragmento de* EL POEMA DE UN AMOR)

Con el pecho oprimido, y en los ojos
pronta á rodar una rebelde lágrima,
una mano en la frente, otra en la pluma,
voy á escribirte mi postrera carta.
Breve será: tan sólo
es un adiós, pero un adiós eterno;
de esos que el alma tras de sí se llevan,
de esos que sólo se les da á los muertos!
¡Ah! ¡si supieras qué dolor me abruna!...
Aunque ya no me quieras, tu memoria
abre un momento á los recuerdos, abre,
vuelvan á tí de nuestro amor las horas,
piensa en aquel carácter
reconcentrado y noblemente altivo
que tantas veces consolaste amante,
y verás si es dolor el dolor mio!
Es algo superior á humana fuerza,
es algo que me oprime y ahoga el alma

con la misma dureza que inflexible
una mano de hierro la garganta!
¿Qué te diré?... ¡No sé! Mi pensamiento
se oscurece, y como es por la vez última,
tendría que decirte tantas cosas!
que está indecisa en el papel la pluma.
¿Qué te diré?... ¡No sé! ¡Me estoy muriendo!
Cuando se liga á una mujer un hombre,
como yo á tí, con tan estrecho lazo,
no sin dolor, dolor mortal, lo rompe!
Laten mis sienes con violencia, cruza
por mi cerebro en confusión la idea,
á manera del lívido relámpago
entre tiniebla densa;
y dentro de él como un rumor de voces
enfebrecido siento:
pájaros mil que revolando en torno,
cantaran todos sin cesar y á un tiempo.
Pero no temas que en querella débil
vaya á expandirme, ó en dicterio torpe.
Yo no puedo gemir: soy hombre fuerte;
yo no puedo insultar: soy hombre noble!
Adiós. Tú ya en mi corazón no existes:
en la flor del amor para mí has muerto.
Muera también yo para tí: no vaya
jamás tu pensamiento
á recordarme con amor ni odio:
ni yo vivo en tí más, ni tú en mí vives,

No te preocupes de si enfermo y solo
pueda yo estar, y en mi delirio ansie
un mendrugo de amor, solo un mendrugo,
para mi alma de cariño hambrienta!
Soy digno: en el silencio
devoraré mis penas.
Adiós. Yo te perdono.
Pero si á hallar en tu camino vuelves,
como la mia, soñadora, altiva,
un alma sola que en silencio lleve
— triste soldado inválido
en plena juventud — las cicatrices
de tanta herida recibida, ¡ tanta !
con estoicismo pertinaz, sublime,
en una lucha por la vida, heróica:
respétala, respétala:
no crüel en reabrirselas te goces,
haciendo así que nuevamente viertan
la sangre del dolor; no la despojes
de su última ilusión. Mira que acaso
esa alma melancólica, desnuda
está de cuanto es sobre el mundo halago,
y que esa ilusión última
era el único abrigo que tenía
para arrostrar, desesperada y loca,
las tempestades de la ingrata vida!
Con un deseo abrasador, vehemente,
doy término á esta carta.

Quisiera verte leerla, y si sobre ella
no has estallado en un raudal de lágrimas,
es que tu frio corazón no tiene
ni una fibra siquiera de ternura,
es que no es de mujer, es que no siente!
¡Adiós, por la vez última!...
Pero antes oye aún una palabra;
es un consejo, un cariñoso ruego,
que te haré en nombre del recuerdo triste
de nuestro amor ya muerto.
Tu vida, cual balanza
sin fiel, está en oscilación perenne.
Fíjale el equilibrio: abre los ojos:
mira á tus plantas la fatal pendiente!

JUAN LUSSICH.

YA

En vano mis ojos los ojos buscaron
de aquellas visiones de luz que esmaltaron
las noches febriles que amores soñé;
en vano mis ojos, chispeando poesías,
mostraron el fuego que en mi alma encendía
la grata hermosura que acaso encontré.
Pues siempre impasibles, serenas, tranquilas,
jamás en las mias sus bellas pupillas
bebieron sedientas la fúlgida luz;
pues nunca mis ojos, locuaces, prolijos,
y siempre en los suyos inmóviles, fijos,
formaron con ellos simpática cruz.
¡Ah! cuántas quimeras de amor y ventura
doraron en mi alma de tierna hermosura
los ojos que acaso cayeron en mi!
¡Y en cuántas miradas, frenético y ciego,
de gozo embriagado vivísimo el fuego
por otro prendido, yo necio bebí!
¡Yo, sí, como nadie, la hiel he apurado
de ver en ajenos, del ángel amado
los ojos divinos jurándose amor!

¡Yo, sí, que pudiera pintar el martirio,
la muerte pausada, la angustia, el delirio,
que abrasan el pecho do brama el rencor!
¡Yo, sí, que he apurado cuanto hay de precito
y horrible en la pena y el odio maldito
que acosan la vida que amor no endulzó!
¡Yo, sí, que he tenido la bárbara suerte
de ver de una en otra la irónica muerte
que á todas mis dichas Satán preparó!
Ambigua memoria, maldita y querida,
odiosa y amable, de muerte y de vida,
que endulzas y amargas mi angustia y solaz;
¿por qué no te puedo borrar de mi mente,
y mal que me pese, te tengo presente
en todas mis horas de muerte y de paz?
Los hondos recuerdos de vida pasada
¿qué son? Desengaños: si hermosos, son nada,
son flores que pierden temprano su olor;
si amargos, la marca que deja una herida,
parásito insecto que en la alma se anida
nutriéndose á expensas del mismo dolor!
¡Más bien que no hubiera gozado el instante
fugaz de ilusiones, de amor delirante,
y eléctrico arrobo que ansié con afán!
Mas bien que no hubiera probado mi labio
la gota del néctar!... Lo dijo ya un sabio,
que en pos de las risas las lágrimas van.

¡También yo he gozado! también tuve un día
de amor; uno solo; sobrado sería
si hubiera aquel ángel tenidome amor!
¡Si hubiera... locuras! Un ente sin nombre,
un sér sin modelo, un ángel, yo un hombre...
Disculpa mi mente su extraño rigor.

De Mayo una noche serena y helada,
mis ojos seguían la danza animada
que á impulsos giraba de rítmico són.
¡Qué cuadro es hermoso de vida y poesía
el baile, los trajes, la luz, la armonía,
y el aura fragante de un regio salón!

Todo es allí etéreo, fantástico, mago;
todo es entusiasmo, pasiones, halago...
la música, el canto, la danza, el placer.
¡Oh! ¡cuánto fascina la ambárica sala
do cruje vibrátil el traje de gala
que ondula en talle de esbelta mujer!

¡Oh! ¡cuál la fragancia suavísima iguala
que en ondas la veste balsámica exhala
que cruza volando la atmósfera azul!
Y ¡oh! ¡cuántas fantasmas lindísimas crea,
jugando en el aire do vuela y flamea,
la leve mantilla de albísimo tul!

¡Oh! ¡cómo allí loca la mente divaga,
y en dulce deleite y ensueño se embriaga
perdida entre el ruido del grato tropel!

Y ¡oh! cuánto prestigio la gracia allí asume
del lujo, las flores, la luz y el perfume
que fórmanla en torno brillante dosel!
Bello es que la vista devore anhelosa
la gracia hechicera, de hermosa en hermosa,
como ave que el néctar absorve en la flor.
Bello es que encontrados de alguna los ojos,
de pronto iluminen medestos sonrojos
las castas mejillas que adorna el pudor.
Bello es que un aliento se mezcle á otro
(aliento,
y un labio del otro que aspire en el viento
la risa inefable que supo exprimir;
que un alma de la otra se abrase en la llama,
y el pecho inocente del ángel que se ama,
que bajo la mano no sienta latir!
Bello es que á un halago de amor atrevido,
se advierta de un seno marmóreo el latido
que el tul transparente mal puede ocultar
y que un imprevisto suspiro que vuele,
la mal disfrazada zozobra revele
qne el púdico labio se empeña en negar.
Bello es que cual nube de nieve que vuela,
se expanda en el aire la albísima tela
que ondula en el talle que oprime el corsé;
y allá en sus revueltas y alijeras ondas,
que se halle entre espumas de encajes y blondas
la forma elegante de un mórbido pié.

Bello es que tras una beldad otra pase,
y absorta la vista los grupos abrace,
que cruzan festivos danzando en redor.
Bello es que la esbelta cintura circule
ternísimo el brazo, y el labio module
palabras que escucha temblando el pudor.
Bello es el bullicio, la risa, la broma,
las flores que exhalan balsámico aroma,
y aquel del espacio fragante vapor.
Bello es el tumulto, la paz, la alegría,
las luces que ciegan lor ojos del día,
y el todo que inspira poético amor.
Bello es aquel vago deleite inefable,
que el alma sedienta respira incansable
de aquella invisible y etérea beldad.
Bello es aquel todo falaz, vaporoso,
bello es, como el sueño de un niño dichoso
que créese en los brazos de maga deidad.
Fantástico cielo, cuya aura embellece
aún la árida vida de aquel que obedece
al crudo designio de un hado feroz:
quién es el que al menos por tí no se olvida
que arrastra en el cieno su misera vída
cediendo al mandato de mística voz?
¿Quién es el que triste sin luz ni camino,
doblado so el peso de oscuro destino
dirije entre sombras su misero pie,
que luego que aspira tu mágica brisa

no sueñe que en lo hondo del tiempo divisa
la luz de una aurora que plácida ve?
¿Quién es el que en tu aura no busca el
(olvido
del tiempo en que acerbo su llanto ha bebido,
y afanes, y angustias, y muerte con él?
Merced á tu bello, risueño semblante,
se olvida, á lo menos, brevísimo instante,
que el mar de la vida sumerge al bajel.
¡Oh! ¡cuántos pensares que á solas se lloran
de aquellos que el alma del hombre devoran
y oculta cuidadoso risueño antifaz,
permiten que al cabo la vida se expanda
de aquel que á tu estrado concurre en demanda
de una hora resueña de olvido y solaz!
¿Quién hay que en tu cielo no vió alguna
(estrella
vibrar en su aurora la luz que destella
la chispa primera que lanza el amor?
¿Quien hay que no os deba recuérdos resueños,
sonrisas, amores, dorados ensueños,
y arrobos febriles de grato estupor?
También á tu magia yo debo las horas
de fiebre y locura, de amor, seductoras,
que en mi alma dejaron eterna impresión:
manjar de mis noches de dicha y de duelo,
en que amo y detesto, que duermo y que velo,
que pido venganza y otorgo perdón!

Allí entre tu mago vapor oloroso,
allí entre tus risas, tu gala, tu gozo,
allí entre tus luces, tu amor, tu embriaguez;
allí seductores, simpáticos, flojos,
hallé con asombro los mágicos ojos
de un ángel, el mismo que sueño tal vez.
Volando á mi frente sentí desde luego
subir llamaradas de súbito fuego,
arder mi cabeza, mi sangre abrarar:
y raudas centellas de luz, fulgurinas,
eléctricas, vivas, lanzar mis retinas,
y de ambas mejillas las chispas brotar.
Sentí, como trueno que hubiera en mi oido
de pronto estallado su horrendo estampido,
de todo el infierno las furias rugir;
y en un arrebato de fiebre y demencia,
partirse mi cráneo, fluctuar mi existencia,
y el cuerpo convulso temblar y crujir!
Sentí que mis sienes vibrantes pulsaban,
que el aire, las fuerzas, la luz me faltaban,
que ardía en mi sangre fugaz frenesí;
sentí como un cráter mi mente que hervía
radiante de fuego, de luz, de poesía,
y mundos, infiernos y cielos en mí!
Sentí... Que imágine si puede algún hombre
de infiernos y cielos un caos que le asombre,
y apenas la imágen será del que ví.
Sentí... ni yo sélo: ni puede mi labio,

que no es ni con mucho filósofo y sabio,
decir los prodigios que entonces sentí!
La música, el canto, la fiesta seguian,
y siempre los grupos hallaban, reían,
y siempre el contento reinaba do quier;
las flores lanzaban lo mismo su aroma,
lo mismo seguían la danza y la broma,
lo mismo el asombro llenaba mi sér.
Después de un momento también yo danzaba,
los rápidos pasos mi afán redoblaba,
movía algún genio mi alijero pie;
mi vida, radiante de anhelo y de gozo,
al tiempo acusaba de tardo y moroso...
Confuso ante el ángel hermoso llegué.
Mis ojos buscaron sus ojos, no en vano,
mi aliento su aliento, mi mano su mano;
mi brazo su brazo de nieve rodeó;
sus castas mejillas entonces rojearon,
entonces sus nervios crispados vibraron,
y entonces su pecho de amor palpitó!
Palabras entonces mi labio manaba
que un genio al oido, de miel, me dictaba,
de asombro, de gozo, de fuego, de amor;
y entonces mi loco febril desvario
sentí que á su pecho pasaba del mío
y en él mi entusiasmo, mi mismo furor!
Sus venas hervían, quemaba su aliento;
su faz, que buscaba frescor en el viento,

ardía en el fuego del mutuo vulcán;
comunes nos eran el mismo martirio,
el gozo, el anhelo, la fiebre, el delirio;
común la zozobra, común el afán.

Opuestas pasiones en su alma luchaban,
inciertos sus ojos errantes giraban
pidiendo á los cielos auxilio quizá;
su espíritu en vano tenerse quería,
la voz de sus labios absortos huía
y el aire y las fuerzas faltábanle ya.

Como alma que idea, brilló con luz rara
cual nunca inefable la frente de Sara,
que al suelo modesta después se inclinó:
y trémulo entonces su acento espirante
me dijo: *¡ Te quiero !...* Veloz, fulminante,
un vértigo hermoso mi vida eclipsó

Techumbres, cabezas, tapices rodaron,
las teas su claro fulgor apagaron,
debajo mis plantas la tierra osciló:
y de albas coronas de fuego esplendente,
de estrellas y chispas de luz fosforente,
de pronto aquel cielo falaz se pobló!

La mútica, el canto, la danza cesaron,
la fiesta, el tumulto, las risas callaron
y todo tranquilo quedó en derredor;
mi espíritu en sólo su dicha embebido,
del mundo, del cielo, de todo abstraído,
no vió más que á Sara, su dicha, su amor!

Amor tremebundo, sin forma, ni nombre,
amor como nunca lo tuvo algún hombre,
sin fin, sin modelos, sin leyes, sin par,
juréla en sus manos: el sólo, el eterno,
volcánico, horrible, que anhela el infierno
de mi ansia insaciable y horrenda de amar!
Acéptolo, — dijo. Los cielos se abrieron,
su gloria, sus genios á mi descendieron
y un siglo al oirlo de encanto viví:
y el rostro de Sara, de Sara ya no era,
sinó el de la maga, del sér, la hechicera,
que está en todas partes en frente de mí!
¡Oh Dios! ¡qué deleites! En la aura ambrosia,
perfume en la nada, y en todo armonía,
sonrisas, hechizos y gloria gocé.
Ventura, placeres, delirio halagüeño,
aún dudo si fuisteis un vértigo, un sueño,
ó si era yo entonces el mismo José.
¡Oh! sí, verdad era: la hermosa allí estaba,
la no conocida beldad que adoraba,
por cuyo sendero marchaba yo en pos:
era ella, la misma, la sombra, la Dea,
la misma que amaba mi mente en idea,
el ángel, la maga, la imágen de Dios!
Al fin la quimera que en sueños veía,
mortal y terrestre la forma asumía,
la gracia y acento de aquel serafín;
y el único, el solo, y el íntimo anhelo

de todas mis ansias, el sueño, el desvelo
de mi honda existencia, sacióse por fin.
La noche plegaba su negro ropaje,
la aurora entre nubes de nácar y encaje
su frente de záfir y perlas mostró;
y un hombre radiante de extraña alegría,
de aquel paraíso salió con el día
absorto en su dicha... *y ese hombre era yo!*

CLAUDIO M. CUENCA.

EROS

Hoy vengo, dulce dueño,
á rendir á tus plantas
flores del corazón. Si aroma esparcen
es porqué el riego de tu amor brotaron.
¿Cómo no amarte con amor del alma,
si tú eres para mí la fuente viva
de donde manan en raudal perenne
las claras ondas de sin par ventura?
¿Cómo no amarte, si al sentir concordes
tu espíritu y el mío,
algo de eterno dentro el alma siento,
y aún me parece, en solitarias horas,
recibir en la frente
tenues caricias de impalpables alas?
No soy de aquellos que al surgir al mundo
las dulces Musas con amor besaron,
difundiendo en su sér esa armonía,
esa culta virtud que doma y rinde
lo intangible y real, y en áureo lazo
los liga, alzando la creada imagen

coronada de luz y de hermosura.
Mas lo que no hizo la deidad sagrada
que holló del Pindo la radiante cima,
lo realizó tu amor, la eterna Musa
que derrama en mis cantos
el suave aroma que en tu sér se encierra.
Lo hiciste tú con tu mirar sereno,
limpio reflejo de la luz que alumbra
tu corazón de virgen;
con tus palabras, para mí más gratas
que esa vaga armonía con que el aura
suena en las ramas, al morir la tarde.
Entonces escuché brotar sonora
la voz, antes no oída,
de la inmortal Naturaleza; entonces
de la alta estrella, y de la errátil nube,
y del clamor con que en el ancho Plata
suelen las olas avanzar rugiendo
su ira á estrellar en mi natal ribera,
un mundo desprendióse de armonías,
donde línea, color y ritmo, unidos
á férvido sentir, á excelsa idea,
en hermandad sublime
la presencia de un Dios me revelaban.
Tu tierno amor cual generosa y amplia
onda de luz se derramó en mi mente,
y fuè mi corazón acorde lira
donde ecò y forma halló el eterno ritmo;

¡Inefable emoción, engendradora
de briosa virtud y alto deseo!
Rica de savia nueva,
el hombre siente rebullir la vida,
y lleno el pecho de viril constancia,
al mundanal combate se apercibe,
y ni duro revés, ni arduos afanes,
ni sirtes mil su intrepidés doblegan;
que, vencedor, una mirada ardiente
de su amada feliz le aguarda en premio.
!Cómo anhelé que tu adorada planta
el lauro hollara á mi laúd ceñido!
Y ¡ho cuántas, cuántas veces
vino mi oído á acariciar suave,
en ondas vibradoras
de alto loor y de ruidoso aplauso,
tu dulce nombre entrelazado al mío!
¡Engañosa ilusión! Al ave humilde
de corto y débil vuelo,
nunca el cóndor audaz prestó sus alas,
ni alcanzó á la orgullosa
copa del roble del vacilante junco
Mas si dado no me es los ricos dones
aumentar, que Fortuna
con mano avara y desigual reparte,
amor es vena irrestañable, y siempre
rueda sonoro derramando aromas.
¡Feliz si puedo de tu amante labio
verle perenne desprenderse, y lejos

de cuanto el mundo en su delirio ensalza,
mi corona tejer con tus sonrisas;
Todo me habla de tí: la flor que entreabre
su vívida corola; el aura leve
que en torno gira; la onda rumorosa
que entre menudos céspedes resbala;
y aquella de la tarde
voz íntima y profunda
que embarga el corazón é inche la mente,
cuando el último beso
Naturaleza de la luz recibe,
tráenme, envuelto en delicado aroma,
tu nombre y tu recuerdo.
En la alta noche
cuando, huésped benigno,
sobre el mundo infeliz vela el silencio,
y cual mudo lenguaje al alma embriaga
el límpido brillar de las estrellas,
yo siento que tu imagen
llena todo mi sér. Viva y radiante,
ella aparece en cuanto objeto hermoso
mis hojos ven, y en ondas de ternura
inundándome el alma, en ella yerguen
fresco y lozano el árbol de la vida.
Otros en pos de fútiles quimeras
á la arena del mundo
enderecen sus férvidos corceles;
sorprender quieran con tenaz porfía

la verdad insondable,
que de ellas huye cual las frescas aguàs
de la boca de Tántalo sediento;
ó en ansia ardiente de ligeros goces
viles arrojen su mejor corona
á las plantas de estólido magnate.
Yo anhelo ver la generosa lumbre
del sol, que el mundo y tus cabellos dora,
y aquella aún más pura,
de tu amante mirar, á cuyo influjo
mi espíritu se impregna
de olor de rosas y armoniosos cantos.
¡Todo está en ti mi corazón, que al ritmo
late ¡oh amada! que tu mente rige!
y cuando lejos de tu vista vago,
tus recuerdos en él vivos fulguran,
como al hundirse el sol, bordan los astros
el manto oscuro del tendido cielo.
¡Tuya mi lira es! ¡Tuyo mi ingenuo
aunque modestos són; y cuando envuelta
en fúnebres crespones
orne en silencio mi olvidada tumba,
aún al herirla gemebundo el viento,
entre sus cuerdas vagará tu nombre!

CALIXTO OYUELA.

ÍNDICE POR COMPOSICIONES

	Página.
Siempreviva—Martín Coronado	3
Abrázame—Olegario V. Andrade	7
Luisa—Carlos Guido Spano	9
Amor—José Mármol	12
Iris—Calixto Oyuela	14
Las Porteñas—Juan Cruz Varela	19
En la ribera—Rafael Obligado	20
El corazón—Claudio M. Cuenca	23
Adoración—Domingo D. Martinto	36
En las olas—Enrique E. Rivarola	37
Amor—Juan Cruz Varela (sobrino)	39
Melancolía—José Mármol	41
A.....—Esteban Echeverría	43
Himno—Carlos Guido Spano	44
Reconciliación—Carlos Guido Spano	46
El primer beso—Juan Cruz Varela	48
¡Loco de amor!—Gervasio Mendez	50
Adolescente—Rafael Obligado	51
Adolescentes—Francisco Soto y Calvo	54

Página.

Á ella—Adolfo Lamarque..... 58
La agitación—Ventura de la Vega..... 60
Como tú—Bartolomé Mitre..... 64
*** Alberto Navarro Viola..... 66
La ultima cita—Ricardo Gutierrez..... 68
La Diamela—Esteban Echeverría..... 69
Como los asesinos—Gervasio Mendez..... 70
Primavera—Rafael Obligado..... 72
¡Huyamos al bosque!—Juan A. Argerich... 76
Amira—Carlos Guido Spano..... 78
Ilusión—José Mármol..... 79
Sombra—Rafael Obligado..... 81
Soledad—Enrique E. Rivarola..... 83
A mi caballo—Juan María Gutierrez..... 85
Luz y Armonía—Adolfo Mitre..... 87
Canción—Domingo D. Martinto..... 99
Las dos almas—Ricardo Gutierrez..... 97
Primavera—Domingo D. Martinto..... 95
Las castañas..... 103
El hogar vacío—Rafael Obligado..... 104
El Cantar de los Cantares—M. Coronado 107
Fragmento del Angel caído — Estevan Echeverría..... 113
*** de La Pecadora arrepentida—Juan Cruz Varela (sobrino)..... 114
Adán y Eva—Olegario V. Andrade..... 117
Al pasar—Carlos Guido Spano..... 121

Pagina.

Amor celeste—Gervacio Mendez..... 126
La Ruptura—Juan Lussich..... 130
Ya—Claudio M. Cuenca..... 134
Eros—Calixto Oyuela..... 145